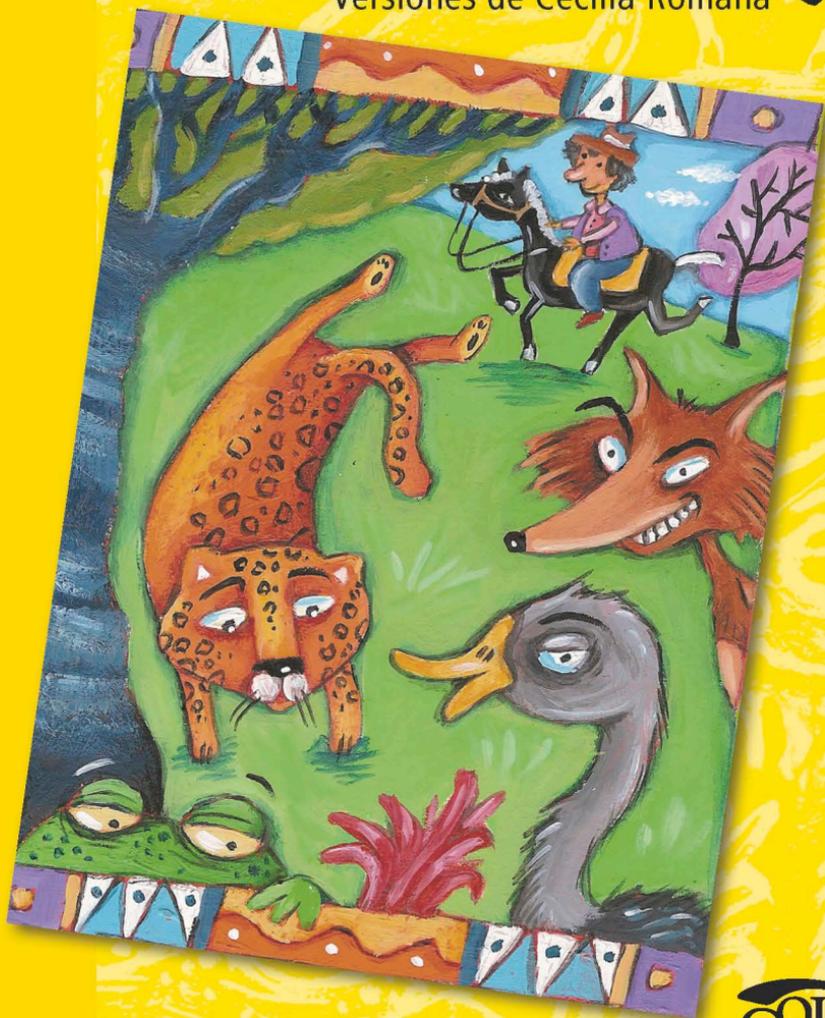


(Cuentos folclóricos de la Argentina)

Antología
Versiones de Cecilia Romana



GOLU



Grandes Obras de la Literatura Universal

Fundada en 1953

Colección pionera en la formación
escolar de jóvenes lectores

Títulos de nuestra colección

- *El matadero*, Esteban Echeverría.
- *Cuentos fantásticos argentinos*, Borges, Cortázar, Ocampo y otros.
- *¡Canta, musa! Los más fascinantes episodios de la guerra de Troya*, Diego Bentivegna y Cecilia Romana.
- *El extraño caso de Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, Robert L. Stevenson.
- *Seres que hacen temblar – Bestias, criaturas y monstruos de todos los tiempos*, Nicolás Schuff.
- *Cuentos de terror*, Poe, Quiroga, Stoker y otros.
- *El fantasma de Canterville*, Oscar Wilde.
- *Martín Fierro*, José Hernández.
- *Otra vuelta de tuerca*, Henry James.
- *La vida es sueño*, Pedro Calderón de la Barca. 
Automáticos, Javier Daulte.
- *Fue acá y hace mucho*, Antología de leyendas y creencias argentinas.
- *Romeo y Julieta*, William Shakespeare. 
Equívoca fuga de señorita, apretando un pañuelo de encaje sobre su pecho, Daniel Veronese.
- *En primera persona*, Chejov, Cortázar, Ocampo, Quiroga, Lu Sin y otros.
- *El duelo*, Joseph Conrad.
- *Cuentos de la selva*, Horacio Quiroga.
- *Cuentos inolvidables*, Perrault, Grimm y Andersen.
- *Odisea*, Homero.
- *Los tigres de la Malasia*, Emilio Salgari.
- *Cuentos folclóricos de la Argentina*, Antología.

Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa resuelta, de una procesión en que debía ir toda la población descalza y a cráneo descubierto, acompañando

Cuentos folclóricos de la Argentina

Versiones y estudio preliminar de Cecilia Romana



Grandes Obras de la Literatura Universal

3

Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-

Dirección editorial: Profesor Diego Di Vincenzo.
Coordinación editorial: Alejandro Palermo.
Jefatura de arte: Silvina Gretel Espil.
Introducción, notas y actividades: Cecilia Romana.
Diseño de tapa: Natalia Otranto.
Asistencia en diseño: Jimena Ara Contreras.
Ilustraciones: Héctor Adrián Borlasca.
Diseño de maqueta: Silvina Gretel Espil y Daniela Coduto.
Diagramación: estudio gryp.
Corrección: Mariano Sanz.
Documentación: Gimena Castellón Arrieta y Nicolás Romero.
Coordinación de producción: María Marta Rodríguez Denis.
Asistencia de producción: Agostina Angeramo y Juan Pablo Lavagnino.

Cuentos folclóricos de la Argentina / adaptado por Cecilia Romana; ilustrado por Héctor Borlasca – 1ª ed. – Buenos Aires, Kapelusz, 2009.

112 p.; il.; 20 x 14 cm - GOLU (Grandes Obras de la Literatura Universal)

ISBN 978-950-13-2345-0

1. Literatura folclórica. I. Cecilia Romana, adapt. II. Héctor Borlasca, ilus.
CDD 398.2

Primera edición.

©Kapelusz editora S.A., 2009.

San José 831, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.

Internet: www.kapelusz.com.ar

Obra registrada en la Dirección Nacional del Derecho de Autor.

Hecho el depósito que marca la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

Impreso en la Argentina.

Printed in Argentina.

ISBN: 978-950-13-2345-0

Ⓢ PROHIBIDA LA FOTOCOPIA (ley 11.723). El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra, la que no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método gráfico, electrónico o mecánico, incluyendo el fotocopiado, el de registro magnetofónico o el de almacenamiento de datos, sin su expreso consentimiento.

Queridos colegas, nos interesaría mucho recibir sus observaciones y sugerencias sobre este volumen u otros, tanto en lo que respecta al texto en sí, como a la introducción o a las actividades. Pueden acercarlas mediante correo electrónico a: apalermo@kapelusz.com.ar. Leeremos con gusto sus comentarios.

Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa resuelta, de una procesión en que debía ir toda la población descalza y a cráneo descubierto, acompañando

Índice

Nuestra colección	7
Leer hoy y en la escuela	9
<i>Cuentos folclóricos de la Argentina</i>	
Avistaje	11
Palabra de expertos	13
<i>“La riqueza de los cuentos folclóricos”, Cecilia Romana</i>	
Cuentos folclóricos de la Argentina	17
<i>Los socios sembradores</i>	19
<i>Los animales viajeros</i>	25
<i>La fiesta en el cielo</i>	33
<i>Cuando el zorro hace de juez</i>	39
<i>Las carreras del suri</i>	49
<i>La princesa que rompía cada noche siete pares de zapatos</i>	57
<i>¡El príncipe tiene orejas de burro!</i>	69
<i>Las diabluras de Pedrito Urdemales</i>	77
<i>Pedrito Urdemales y las apuestas con el gigante</i>	83
Sobre terreno conocido	
<i>Comprobación de lectura</i>	95
<i>Actividades de comprensión y análisis</i>	101
<i>Actividades de producción</i>	107
Recomendaciones para leer y para ver	109
Bibliografía	111

Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-

Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa resuelta, de una procesión en que debía ir toda la población descalza y a cráneo descubierto, acompañando

(Nuestra colección)

Incantables ámbitos de nuestra actividad social se vinculan con la lectura. Una vez que aprendemos a leer, no podemos evitar percibir todo texto escrito con el que cruzamos la mirada. Así, leemos los carteles indicadores que utilizamos para desplazarnos en nuestros trayectos —cotidianos o no—, leemos publicidades que —con su pretensión de originalidad— intentan persuadirnos de que consumamos un producto, leemos los precios de las mercaderías exhibidas en góndolas y vidrieras, leemos la información de sus etiquetas... leemos lo que alguien dejó escrito en las paredes de los edificios.

La escuela es el ámbito privilegiado para la lectura; incluso, es la institución responsable de estimular en los alumnos el desarrollo de sus habilidades como lectores y como escritores. La escuela se encarga, también, de iniciar a los estudiantes en la lectura de los textos literarios. Y ese tipo de lectura tiene sus propias particularidades y exigencias. Por ejemplo, un lector entrenado es aquel capaz de comprender, analizar y valorar un texto. Por otra parte, tiene que aprender a ubicarlo en el tiempo y en el lugar en que se escribió. Cuantas más relaciones pueda establecer un lector entre esa obra y la situación en que se produjo y circuló, entre esa obra y otras, más rica será su lectura.

Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-

Además, los lectores de literatura cuentan con la posibilidad de saber de otros tiempos, de otros mundos, de otros seres, y de atesorar en sí conocimientos inagotables, de los que siempre podrán disponer.

Quienes seleccionamos los textos y preparamos las actividades para la colección Grandes Obras de la Literatura Universal (GOLU) lo hacemos con la voluntad de despertar el interés de los jóvenes lectores, de alentar sus ganas de seguir leyendo y de acompañarlos en el encuentro personal con los tesoros que las obras de todas las épocas tienen para ofrecernos. En esta tarea apasionante nos guía la certeza de que la literatura constituye un camino único y lleno de descubrimientos, que todos merecemos recorrer y disfrutar a lo largo de nuestras vidas.

Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa
no-resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-
blación descalza y a cráneo descubierta, acompañando

Leer hoy y en la escuela

Cuentos folclóricos de la Argentina

Los cuentos son narraciones que hablan sobre hechos imaginarios y poseen una extensión relativamente breve. En todos los pueblos existen cuentos que se transmiten en forma oral: los padres y los abuelos se los narran a los pequeños antes de ir a dormir, o se comparten en las reuniones después de un largo día de trabajo, alrededor del fogón, mientras el mate pasa de mano en mano.

A diferencia de los cuentos literarios, que han sido escritos por un autor, los cuentos que van de boca en boca son anónimos: no sabemos quién los contó por primera vez, ni tenemos idea de cuándo surgieron. Por eso sentimos que son de todos, al igual que diversas costumbres que se van transmitiendo de generación en generación y que forman parte del folclore: danzas, comidas características de una región, vestimentas típicas, chistes, dichos y refranes.

El cuento folclórico es, así, una narración con tema tradicional que surge en un área geográfica particular, pero que, por su propia naturaleza errante, se desplaza hacia otros rumbos. En ese desplazamiento va tomando tópicos ajenos que, de una forma u otra, incorpora y asimila para enriquecerse, como el viajero incansable que siempre se lleva algún recuerdo minúsculo de cada lugar que visita.

Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa
no-resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-

En este volumen se han recopilado relatos referidos a animales y costumbres de diferentes áreas rurales de la Argentina, pero también encontramos historias donde los reyes y las princesas conviven con paisanos que salen de sus ranchos en busca de aventuras. Esa es la magia del cuento folclórico: al ir pasando de boca en boca, va arrastrando reminiscencias de tierras lejanas, viejas tradiciones europeas que llegaron con los colonizadores —junto con la lengua española— y se afincaron exitosamente en este suelo, abriendo un abanico narrativo riquísimo, una visión de nuestra tierra en la que se hermana la cepa precolombina con el aliento de aquellas tierras más allá del océano.

Leer estos *Cuentos folclóricos de la Argentina* es como entrar en un mundo al que pertenecemos por derecho propio, pero que pocas veces advertimos. Es reconocer con deleite las costumbres de nuestro pueblo, su clima, su habla, sus personajes fantásticos... Todo eso a través de historias que se transmitieron gracias a la confraternidad de nuestro idioma. Historias que, aunque no parezca, dicen mucho de nosotros mismos. Porque “al rodar en el tiempo, a través de los pueblos del mundo, han logrado una hondura humana compleja y sabia, que va desde la gracia que entretiene o hace reír, y el ejemplo que alecciona, hasta el dramatismo que conmueve profundamente, pero que termina siempre con el triunfo del débil, del perseguido, del justo, del bueno. [...] A los ya consagrados derechos del niño debe agregarse otro: el derecho a oír narrar los cuentos populares de su país, que lo unen entrañablemente a su tierra y lo hermanan espiritualmente con los niños del mundo”.¹

1 Berta Vidal de Battini. *Cuentos y leyendas populares de la Argentina*. Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1984.

(Avistaje)

- 1 En algunos de los cuentos que están a punto de leer, aparecen como protagonistas diversos animales que presentan características bien marcadas; uno de ellos es el zorro, que tiene fama de astuto y aprovechador. La siguiente frase popular dice algo al respecto:

El zorro pierde el pelo pero no las mañas.

- Averigüen: ¿en qué situaciones se emplea este dicho?
 - ¿Conocen alguna otra frase que nombre al zorro? Si fuera así, transcríbanla en la carpeta y comenten su significado.
- 2 Estos son algunos otros animales que van a encontrar en las páginas de este libro.
- Elijan el que más les guste y escriban en la carpeta todo lo que saben sobre él.
 - ¿Con qué otros nombres se lo conoce en distintos lugares de la Argentina?



Sapo.



Yagareté.



Ñandú.



Quirquincho.

3 En algunos relatos folclóricos, las personas maltratan a los animales que tienen en las granjas y no los alimentan bien.

a) En la siguiente lista, subrayen con color los animales que a ustedes les parece que pueden criarse en las granjas.

tigre – víbora de cascabel – caballo – chancho – cóndor – león –
perro – ratón – gallina – ballena – gorila – pavo – gato – cabra

b) Una vez que hayan señalado a los animales que consideran correctos, cópienlos en la carpeta y escriban al lado de cada uno para qué los usan las personas.

4 Muchos de los cuentos clásicos que hemos oído una y otra vez en nuestros hogares fueron recopilados por los alemanes Jacob y Wilhelm Grimm, dos hermanos nacidos en 1785 y 1786, respectivamente. Ellos recorrieron su país tomando nota de los cuentos que se narraban en las aldeas. Estos son algunos de los más famosos:¹

*La Cenicienta - Blancanieves y los siete enanitos - El Sastrecillo
Valiente - Hansel y Gretel - Caperucita Roja - Los músicos de
Bremen - La Bella Durmiente*

a) Elijan uno de estos cuentos —el que mejor se sepan— y, en la carpeta, escriban un resumen del argumento.

b) Hagan un dibujo que represente a los protagonistas del cuento que eligieron (por ejemplo, en el caso de “Hansel y Gretel”, van a tener que dibujar a los dos hermanos).

5 Busquen en el diccionario la palabra **folclore** y transcriban en la carpeta su significado.

a) Traten de descubrir a qué tipo de manifestaciones se las llama comúnmente “folclóricas” (puede tratarse de una danza, un estilo de música, una vestimenta, etc.). Entre todos, confeccionen una lista de objetos o acontecimientos que se encuentran relacionados con nuestro folclore.

b) ¿Conocen algún artista que interprete música folclórica? ¿Cómo se llama?

1 Versiones de algunos de estos cuentos habían sido recogidas previamente, en Francia, por Charles Perrault.

Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa
no-resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-
blación descalza y a cráneo descubierto, acompañando

(Palabra de expertos)

LA RIQUEZA DE LOS CUENTOS FOLCLÓRICOS

Cecilia Romana

De boca en boca

La palabra *folclore* proviene de una voz inglesa que combina el término *folk* (que significa “pueblo”) y *lore* (que corresponde a lo que podría denominarse “saber”, “conocimientos”). Se la utiliza para referirse al conjunto de las tradiciones, las creencias y las costumbres de un pueblo, particularmente aquellas que pasan de una generación a otra como un tesoro que se desea conservar porque se siente como lo más auténtico de una comunidad. Además de estar presente en la música, los refranes, las danzas y las comidas típicas, el folclore vive en los cuentos.

Según la especialista Susana Chertrudi, “el cuento folclórico se manifiesta, fundamentalmente, a través de la palabra hablada. Es una narración guardada en la memoria del narrador, que cobra vida cuando este la cuenta ante un auditorio; es decir, se realiza solo cuando quien sabe el relato lo dice ante otros. Al terminar la narración, la versión no queda fijada como ocurre con la palabra impresa. El mismo narrador puede contar el mismo cuento muchas y sucesivas veces; será el mismo relato, pero cada vez realiza una nueva creación, una recreación, que no coincide de modo absoluto con la versión anterior o con la siguiente. [...] Las narraciones pasan de boca en boca, viven en la tradición oral. En el auditorio de un narrador puede haber individuos de excelente memoria que, a fuerza de oír el mismo relato en varias oportunidades, acaban aprendiéndolo y pueden llegar a contarlo”.¹

1 Susana Chertrudi. *Folclore literario argentino*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982.

la Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa
no-resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-

Al ser manifestaciones de la lengua oral, los cuentos folclóricos siempre están narrados en un lenguaje vivaz y directo, con gran sencillez, para que sea fácil comprenderlos. Cada vez que alguien vuelve a relatar una de estas historias, la enriquece con algún detalle, o modulando el tono de la voz para simular el modo de hablar de los distintos personajes, prestando siempre atención a las reacciones del auditorio, que acompaña al narrador con la atención, la risa o algún comentario pícaro. Y cuando uno termina, generalmente, entrega la posta a otro integrante de la rueda para que vaya enlazando una nueva historia a la guirnalda de narraciones.

El trabajo de recopilación

Los cuentos folclóricos son propios de las comunidades rurales. En el último siglo, el avance de las comunicaciones, el tendido de rutas hacia los más remotos rincones del país, el crecimiento de las zonas urbanas y la mecanización de las tareas del campo han conducido, en gran medida, a que la costumbre de narrar cuentos se vaya perdiendo. Para salvar ese tesoro de tradiciones, algunas personas se han dedicado pacientemente a grabar los relatos de narradores de todas las provincias con el propósito de pasarlos por escrito, procurando mantener en la transcripción toda la gracia y la espontaneidad de la lengua oral. En esta tarea de recopilación se destacó, allá por 1945, una maestra puntana llamada Berta Elena Vidal de Battini.

Berta, que además era poeta, había nacido en 1900 en la capital de San Luis, y desde muy joven se había sentido atraída por la investigación de nuestras raíces folclóricas. Llevó a cabo viajes de investigación por diversas provincias —especialmente las de Cuyo, dado que los gastos corrían por su cuenta—, recopilando con una grabadora las voces de las paisanas y los paisanos cuya memoria traía al presente historias antiguas, oídas una y otra vez de boca de sus ancestros. A mediados de la década de 1940, Vidal de Battini consiguió el apoyo económico de diversas instituciones culturales y educativas para proseguir con sus investigaciones. Gracias a esta ayuda, pudo extender

sus viajes a las zonas del Litoral, el Noroeste, el Centro y la Patagonia, de modo que el espectro de recopilación de testimonios orales se hizo mucho más amplio.

El resultado de este paciente trabajo es un tesoro de diez tomos, repletos de cuentos tradicionales con sus respectivas variaciones y versiones, además de una valiosísima introducción y una serie de notas aclaratorias y mapas, que constituyen una gran ayuda a la hora de leer e interpretar el material. En esos tomos —publicados en 1984 por Ediciones Culturales Argentinas bajo el título de *Cuentos y leyendas populares de la Argentina*—, se recopilan decenas de relatos de animales, otros tantos que incluyen al ser humano en relación con el entorno natural y algunos que narran historias con seres prodigiosos, pertenecientes a un mundo maravilloso.

Tradiciones que llegan de lejos

Lo más llamativo de este compendio no es lo sobrenatural propiamente dicho. No resulta extravagante que, en casi todos los cuentos, los animales sean capaces de hablar y de llevar una vida parecida a la del hombre; tampoco nos sorprende que la acción se desarrolle en las inmediaciones de un palacio medieval que puede divisarse desde el punto más lejano del monte norteño. Lo que puede llamarnos la atención es el hecho de que muchos de estos elementos no se hallan inmediatamente relacionados con las costumbres y los usos de las regiones argentinas, ni con sus paisajes típicos: es bien sabido que los reyes, las princesas o seres fantásticos como los gigantes no son autóctonos, es decir, no provienen de una tradición que se funda en relatos populares nacidos en nuestra tierra.

Esta característica tan peculiar demuestra que la transmisión oral tiene la capacidad de incorporar como propios elementos que vienen de tradiciones muy lejanas y que, por eso, reaparecen en algunos de los cuentos que los campesinos alemanes narraron a los hermanos Grimm a comienzos del siglo XIX. Tal como señala Berta Vidal de Battini en la introducción de su monumental trabajo de

compilación: “Los cuentos populares y sus especies similares tienen, con pocas excepciones, un pasado remoto, difícil de determinar, y se deben al aporte de numerosos y diversos pueblos. El mundo entero ha contribuido a la formación del tesoro inmenso de cuentos tradicionales, anónimos, que poseemos, cuyos motivos han llegado al folclore moderno y que en gran número se conservan en los cuentos argentinos”.²

Los cuentos de este libro

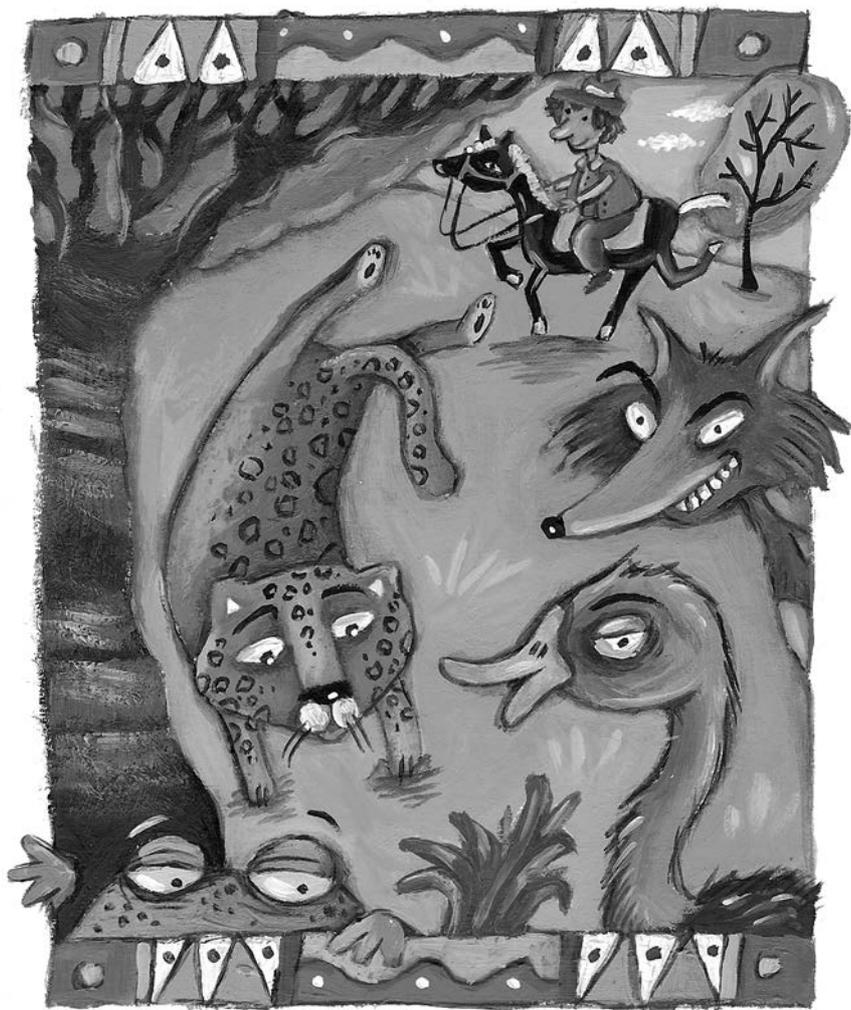
En este volumen de *Cuentos folclóricos de la Argentina*, se han reunido nueve versiones de narraciones tradicionales de nuestra tierra. Estos cuentos han sido recogidos de las regiones más diversas de la patria y, por eso, en ellos es posible advertir rasgos particulares de la zona geográfica donde fueron tomados. Así, el ámbito donde se desarrollan algunos es el monte chaqueño, mientras que otros transcurren en el pastizal pampeano, o, por qué no, en un pueblo imaginario con características que mezclan aspectos del altiplano con motivos culturales de la tradición europea.

En muchos de los cuentos que van a leer, los animales aparecen como personajes principales, es decir: son quienes llevan adelante las acciones fundamentales del relato. Más adelante encontramos relatos protagonizados por humanos: así conocemos a una enigmática princesa que destroza misteriosamente siete pares de zapatos cada noche, a un rey que tiene orejas largas como las de un burro y a un tal Pedrito Urdemales, que no se cansa de hacer diabluras. Todos ellos, junto con el sapo, el zorro, el quirquincho y una galería de seres entrañables, forman parte de un mundo imaginario riquísimo, repleto de aventuras maravillosas y divertidas. Ojalá que, al leer estas versiones, puedan imaginar las inflexiones del narrador que cuenta en voz alta cada historia. Y que la lectura de este libro sea una invitación para que ustedes también se conviertan en contadores de historias.

16 2 Berta Vidal de Battini. *Cuentos y leyendas populares de la Argentina*. Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1984.

Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-

Cuentos folclóricos de la Argentina



predicador
atrás por o
parece no lo
incrédulos,
drentarse
Tabla de in

LOS SOCIOS SEMBRADORES

Juan el zorro era vivo como él solo y tenía fama de diablo¹ en todo el monte.² Le habían regalado una parcelita³ de tierra sin desmalezar,⁴ con unos cuantos terrones de barro seco desparra- mados por ahí y poca pinta de que sirviera para algo. Después de pensar un rato, a Juan se le ocurrió que podía asociarse con su compadre, el quirquincho Tomás, que era voluntarioso y cum- plidor. Porque al zorro no le gustaba trabajar, y la sola idea de tener que arar⁵ la tierra lo ponía mal de los nervios.

Se fue hasta la puerta de la madriguera del quirquincho y le pateó una piedrita adentro:

—¿Sale, Tomás? —le preguntó.

El quirquincho salió al ratito, dando marcha atrás y restre- gándose⁶ los ojos, porque había andado toda la noche buscando gusanos por el monte.

—¿Qué le parece —siguió diciendo Juan— si nos hacemos socios? Vea que tengo una parcelita de tierra que podría salir buena para sembrar... Y como usted es hábil con las uñas, se

1 **Diablo:** en este caso, astuto.

2 **Monte:** terreno sin cultivar, cubierto de vegetación.

3 **Parcela:** porción pequeña de terreno.

4 **Desmalezar:** quitar los yuyos de un terreno.

5 **Arar:** remover la tierra haciendo en ella surcos con el arado.

6 **Restregar:** frotar con insistencia.

me ocurrió proponerle que la siembre nomás y después nos repartimos el producto.

Claro, lo que quería el zorro era que el otro se deslomara trabajando y después dividir en partes iguales el beneficio de la cosecha.

El quirquincho Tomás movió la cabeza de un lado para el otro: se ve que todavía andaba medio dormido.

—¿Y qué vamos a plantar? —le preguntó al zorro.

—¡Faltaba más! —levantó la voz Juan, haciéndose el indignado con la pregunta—. Elija usted lo que más le guste cultivar. Mire si encima le iba a dar órdenes...

Tomás volvió a mover la cabeza hacia un lado y hacia el otro. No se sabía si era porque tenía sueño o porque estaba pensando. Al rato arremetió con otra pregunta:

—¿Y cómo nos vamos a repartir la cosecha, amigo?

En ese momento, Juan, que estaba alerta como una lechuza, vio la oportunidad de engañar a Tomás y le respondió:

—Voy a ser justo, aunque soy el dueño del terreno y podría reclamar más porcentaje. Nos vamos a quedar los dos con partes iguales: usted con todo lo que crezca del suelo para abajo y yo, con lo que nazca del suelo para arriba. ¿Le parece?

El quirquincho aceptó sin quejarse y el zorro se alejó refregándose las garras de contento. Pensaba: “¡Qué tonto que es mi compadre! Va a trabajar como un burro y se va a quedar sin nada”.

Así pasaron unos meses. El zorro anduvo correteando gallinas por las chacras, zapateando con sus amigos y prometiendo regalos a todas las zorritas que se cruzaba en los bailes. Mientras tanto, con mucho esfuerzo, Tomás puso a punto la parcelita de tierra de su compadre Juan y sembró. Cuando

Tocar reg-
rtinos, los
aron a ame
oir tanta bar
no de cosa
ir toda la
acompañando

llegó la época de la primera cosecha, Juan fue hasta su campito y le dijo al quirquincho:

—Bueno, amigo, repartamos la cosecha como habíamos convenido.

Pero se quedó helado al descubrir que su compadre había sembrado papas, que, como todos saben, crecen debajo de la tierra. Entonces a él le correspondía quedarse solamente con las hojas, que no sirven para nada, y a Tomás, en cambio, le tocaban los tubérculos⁷, que es lo que se come.

“¡Vaya con el quirquincho!”, pensó el zorro. Y aunque le dio rabia que lo tomaran por zonzo, volvió a sugerirle a su compadre que hicieran negocios.

—Óigame, Tomás, yo no estoy muy conforme con la repartija de esta siembra —le dijo al quirquincho—, así que le propongo que, para la próxima, cambiemos de estrategia. Usted se quede con todo lo que crezca arriba del suelo y yo, en cambio, con lo que nazca debajo de la tierra.

Tomás movió la cabeza hacia un lado y hacia el otro. Esta vez no era por sueño, sino porque estaba pensando.

—Bueno —aceptó—, cerramos trato.

Y sin decir una palabra más, el zorro se fue contento a su casa pensando que esta vez se iba a quedar con todas las papas que sembrara el quirquincho.

“¡Rica papita!”, pensaba Juan y se relamía los bigotes imaginando los deliciosos guisos que se iba a preparar en un par de meses.

7 **Tubérculo:** en algunas plantas, parte del tallo subterráneo, o de una raíz, donde se acumula una gran cantidad de sustancias nutritivas.

Pasaron los días, y cuando el zorro se acercó a su parcelita de tierra, donde Tomás había trabajado de sol a sol, volvió a quedarse helado. Porque, esta vez, su compadre había sembrado trigo... Todas las espigas, que sirven para hacer harina, le tocaban al quirquincho, y las raíces, que no sirven para nada, eran propiedad del zorro.

—¡Así no vale! —gritó Juan, enfurecido.

—Pero, amigo —le dijo el quirquincho, sacándose de las uñas la tierra seca—, usted pidió quedarse con lo que naciera debajo del suelo. ¿Qué culpa tengo yo de que estas raíces no se coman?

El zorro trató de tranquilizarse. Y después de pensar un rato, dijo:

—Vea, Tomás, tampoco esta vez me gusta la repartija... Así que le propongo que, para la próxima, yo me quede con lo que crezca debajo de la tierra y también con lo que nazca bien arriba. Usted, si quiere, se queda con lo del medio, que a mí no me importa.

El quirquincho movió la cabeza, como hacía siempre que estaba medio dormido o que se ponía a pensar. Ahí nomás soltó un suspiro:

—Está bien —aceptó—, cerramos trato.

Pasaron unos cuantos meses. Pero en esta ocasión el zorro no anduvo de fiesta como solía, porque estaba flaquito y no tenía energía para el baile.

Cuando llegó el tiempo de la cosecha, se acercó a su parcela y lo vio esforzarse al quirquincho. “Cómo trabaja esta mulita”,⁸ pensó. Y enseguida le pidió la parte que le correspondía.

8 **Mulita:** armadillo pequeño, tímido y asustadizo, de hocico prolongado y orejas largas echadas hacia atrás. Es otro nombre que se le da al quirquincho.

Tocar reg-
rtinos, los
aron a ame
oir tanta bar
no de cosa
ir toda la
acompañando





¡La cara que puso el zorro cuando se dio cuenta de que Tomás había sembrado maíz!

—Ahí tiene, compadre —le dijo el quirquincho, socarrón⁹—. Agarre lo suyo nomás, que yo ya cargué lo que me corresponde según el trato.

Tomás se había llevado el producto del medio de la siembra, o sea: los choclos cargados de granos ricos y dulces, mientras que al zorro le quedaban las flores altas del maíz y las raíces, que no sirven para nada.

Esta vez sí que Juan llegó al límite de su paciencia. Por tercera vez su compadre lo había engañado. ¡Y lo bien guardada que tenía el quirquincho tanta astucia!

El zorro se sentó sobre una piedra y le dijo a Tomás:

—Vea: no quiero hacer más negocios con usted, compadre. No sé por qué, pero me parece que trabaja mal la tierra y me la va a terminar arruinando. Si no se enoja, cortamos el trato, y si te he visto no me acuerdo.

Claro, Juan no quería pasar por tonto... y menos que menos delante del quirquincho, que encima tenía fama de dormido. Por eso prefirió hacerse el distraído y no le reclamó nada.

El quirquincho tampoco se mostró ofendido. Al contrario, aceptó terminar la sociedad que había entablado con su compadre y se fue caminando despacito hasta su madriguera, donde había almacenado maíz, harina y papa, como para un año o más.

9 **Socarrón:** que se burla disimuladamente.

Tocar reg-
rtinos, los
ron a ame
oir tanta bar
no de cosa
ir toda la
acompañando

LOS ANIMALES VIAJEROS

En una chacra bastante alejada del pueblo vivían un burro, un gato, un chanco y un gallo. No vamos a decir que los trataban bien, pues la verdad es que los patrones eran bastante chúcaros¹ con ellos.

Una mañana, el gallo, que desde las cuatro y media estaba dele que dele gritar, vio que el burro pasaba muy cargado y le dijo:

—¡Epa!, cumpa,² ¿no se cansa de llevar tanto bulto?

El burro, que iba masticando una zanahoria gomosa de tan vieja, le respondió:

—Qué va, compadre, si no tengo más remedio. Peor lo del chanco, ¿o no?

Y esto lo decía el burro porque sabía que él estaba condenado a llevar fardos³ sobre el lomo por el resto de su vida, pero al chanco se lo iban a comer.

—Sí, peor —comentó el gallo—. Y si bien no le envidio la suerte ni al chanco ni a usted, no vaya a creer que yo la paso lindo levantándome tan temprano. Además, ¿quién le dice que,

1 **Chúcaro:** arisco, bravo.

2 **Cumpa:** forma abreviada de *compadre*, que se usa en el habla coloquial para dirigirse a un amigo de mucha confianza.

3 **Fardo:** paquete de mercancía, muy apretado, para poder transportarlo de una parte a otra.

predicador
atras por o
parece no b
inertados,
drentarse
tárola de in

una vez que se coman al chanco, no me meten a mí a la olla estos brutos?⁴

En eso apareció el gato. Estaba viejito el pobre... tanto, que los ratones se le reían en la cara.

—¡Cómo me duelen los dientes! —se quejó—. ¿Es que los hombres no saben que los gatos no comemos huesos?

Lo decía porque ya nadie se ocupaba de darle de comer. Antes sí, claro, lo premiaban por cazar lauchas y hasta, a veces, le dejaban en la puerta un platito con leche tibia; pero, ahora que ya no tenía fuerzas, no les servía a los patronos y solo le tiraban algún hueso seco de vez en cuando.

La verdad es que el destino de estos animales no se veía para nada prometedor, así que quedaron en encontrarse esa misma noche en el patio trasero de la chacra a ver si se les ocurría algún plan para escaparse.

Imagínense cómo se habrá puesto de complicado el asunto, que el chanco no se presentó a la reunión y al gallo, que se asomó dando saltitos a la ventana de los dueños de casa, le pareció verlo en una bandeja con una manzana en la boca y todo.

—¡Tenemos que escapar, amigos! —les dijo el gallo al burro y al gato apenas apareció la primera estrella.

Y así fue como los tres compañeros se largaron a caminar para el lado del llano, en busca de un pastito para el burro, algún maicito para que picoteara el gallo y vaya a saber qué para que comiera el gato. Anduvieron todo un día, siempre pispeando⁵

4 **Bruto:** vulgar, rústico.

5 **Pispear:** observar con disimulo.

Tocar reg-
rtinos, los
ron a ame
oir tanta bar
no de cosa
ir toda la
acompañando



atrás por si los seguían los patrones, aunque nadie los siguió. Antes de que se hiciera de noche otra vez, el gallo vio a lo lejos un humito que subía al cielo.

—Ahí debe haber una casa —les dijo a sus compañeros.

Y los tres animales enfilaron derecho hacia donde habían visto el humito, porque ya tenían hambre y estaban cansados. Efectivamente, llegaron a una casa con todas las luces de adentro encendidas. El burro se acercó a la ventana como quien no quiere la cosa y le dijo al gallo:

—Súbase, cumpa, y espíe a ver quién está adentro.

El gallo dio un salto, se trepó al lomo del burro y miró por la ventana. No vio que hubiera gente dentro de la casa, pero sí la mesa servida con abundante comida y bebida.

—Ya que hicimos cien, hagamos ciento una —propuso el gato.

Y entraron nomás.

Era verdad: adentro no había nadie.

Resulta que en esa casa vivían unos bandoleros⁶ que tenían mucha plata. Eran muy famosos por robar en los caminos a los viajeros desprevenidos y cada dos por tres tenían que mudarse para que no los atrapara la ley. Y se ve que estaban por mudarse, porque cerca de la puerta había dos valijas llenas de monedas de oro y la mesa estaba servida como para que no perdieran tiempo cuando regresaran de su última tropelía.⁷

6 **Bandolero:** bandido, persona que roba en los despopulados.

7 **Tropelía:** atropello o acto violento.

Tocar reg-
rtinos, los
aron a ame
oir tanta bar
mo de cosa
ir toda la
acompañando

Los tres animales no lo pensaron mucho. Estaban tan muertos de hambre que comieron hasta ponerse pipones⁸ y se quedaron conversando sentados a la mesa.

—¡Qué lindo sería vivir acá los tres!, ¿no? —comentó el burro.

—No tendríamos que volver a trabajar para esos malos patrones —dijo el gallo.

—Compañeros, ¡ya lo creo que sería bueno! —agregó el gato.

En eso estaban cuando oyeron unos ruidos afuera. Parecían caballos al trote. No, no parecían caballos... ¡Eran caballos! ¡Los caballos de los bandoleros que volvían a su casa!

El burro se asustó.

—¿Qué vamos a hacer? —dijo en un rebuzno—. ¡Estamos perdidos!

—¡Escapémonos por atrás, cumpas! —sugirió el gato.

Pero el gallo, que era más vivo, los tranquilizó:

—No se espanten, amigos. Vamos a apagar las luces y esperar a ver qué pasa. Estos humanos le tienen más miedo a la oscuridad que a ellos mismos.

Fue así que los tres animales apagaron todas las luces y se quedaron quietitos en la sala aguardando a que entraran los bandoleros.

Los ladrones eran tres y venían un poco picados.⁹

—¿No había quedado la luz encendida? —preguntó uno.

—¿No fue que dejamos comida sobre la mesa? —preguntó el otro.

8 **Pipón:** saciado de comer.

9 **Picado:** borracho.

—¿No habíamos cargado ya las valijas con monedas? —preguntó el último.

En eso, los tres animales, que hasta ese momento se habían quedado duros como el yeso, empezaron a hacer todo el ruido que pudieron. El burro pataleó contra el piso bien enérgico, el gallo agitó las alas tirando todo lo que había a su alrededor y el gato maulló tan fuerte y sostenido que los ladrones pensaron que era la sirena de la policía.

—¡Mandémonos mudar! —gritó uno de los bandoleros.

—¡Está la policía adentro! —chilló el segundo.

—¡Nos descubrieron! —se alarmó el último.

Pero, antes de que pudieran escaparse, y escudándose en la oscuridad, los animales aprovecharon para darles un buen escarmiento.

Por fin, los tres bandoleros montaron sus caballos y huyeron al galope, bastante maltrechos y muertos de miedo.

Cuentan que el gallo, el burro y el gato, contentos con la hazaña, vivieron desde ese día en la casa de los bandidos y nunca más pasaron hambre ni padecieron maltratos.

Eso sí, por una torcaza chismosa que pasó por ahí una vez se enteraron de que, una noche, en el bar del pueblo aparecieron tres ladrones que estaban pálidos del susto y que contaron una historia sobre la policía que casi los atrapa.

—¡A mí me tajeó un oficial con un cuchillo! —dijo el primero.

Y era el gato que lo había rasguñado.

Tocar re-
rtinos, los
ron a ame
oir tanta bar
no de cosa
ir toda la
acompañando

—A mí me pegó otro con un martillo enorme —apuntó el segundo.

Y era el burro que le había dado con las patas.

—A mí me chuzó¹⁰ otro con unos puñales muy puntudos —lloriqueó el último.

Y era el gallo que lo había picoteado.

Y contó también la torcaza que el dueño del bar no les creyó mucho a los ladrones esos y que al final, muerto de risa, les dijo:

*Zapato roto,
lleno de porotos,
que mi mamita
me cuente otro.*



¹⁰ **Chuzar:** pinchar, punzar, herir.



LA FIESTA EN EL CIELO

A todas las aves les llegó la invitación: era de papel celeste, con bonitas letras redondas y un cordoncito dorado que ataba el sobre. Se estaba organizando una boda en el cielo, y todos los seres con alas —sin distinción de tamaño ni plumaje— habían sido convocados a la gran fiesta, donde se prometía abundante comida, fina bebida, músicos en vivo y cotillón de lujo.

Las plumas volaban por el aire de felicidad. El monte entero estaba embarullado:

—¿Qué me pongo? —preguntaba la hornerita.

—¿Qué llevo de regalo? —se preocupaba el cardenal.

Los pájaros más grandes cuchicheaban entre ellos:

—Habrás que ir de etiqueta —reflexionaba la cigüeña.

—Y no llegar muy temprano, que es de mala educación —agregaba el chimango.

El cóndor, afamado guitarrista, prometió llevar su instrumento para agasajar a los novios con una linda chacarera.¹ El crespín asomó la cabeza y pidió que por favor le dejaran cantar en la ocasión una bagualita,² que le salía muy entonada.

1 **Chacarera:** danza popular de la Argentina que se baila con parejas sueltas; la música, de ritmo rápido, se ejecuta tradicionalmente con guitarra, bombo y violín.

2 **Baguala:** canción popular del Noroeste de la Argentina, de coplas octosilábicas y característicos ascensos tonales, que se acompaña con caja.

predicador
átiras por o
parece no b
incentivos,
drentarse
tárola de in

—¿Le parece, para un casorio, un ritmo tan apagado?
—opinó un gorrión panzudo.

Por ahí, entre unas hojas, andaba el sapo rococo,³ escuchando con disimulo la conversación de las aves sobre la fiesta en el cielo. Este sapo era grandote y tenía renombre en todo el monte porque su canto era profundo y cadencioso.

“A que no me piensan invitar estos pajarracos ingratos”, se dijo. Y como no tenía ni una pizca de tímido, pegó un salto y se asomó en medio de la reunión:

—¡Yo voy a la festichola! —dijo muy seguro, sin mirar a ningún ave en particular, aunque se dirigía al cóndor, que era el más respetado de todos.

Hubo revuelo de plumas, picoteos varios y carcajadas a granel.

—¿Adónde vas a ir vos, sapo feo, si nadie te ha invitado al cielo? —silbó el jilguero, muerto de risa.

—¿No ves que hay que ser elegante y vos sos vulgar como un diente de madera? —agregó la gallareta desdeñosa.

Y cada uno de los pájaros que estaban ahí reunidos le fue diciendo al sapo por qué no podía ir a la fiesta, mientras todos se burlaban de él por ser tan feo y retacón.⁴

El último en hablar fue el mismísimo cóndor, quien —lejos de reírse del rococo— le explicó muy seriamente:

—No te han invitado, chamigo, porque vos no tenés alas y

3 **Rococo:** especie de sapo que se encuentra en la Argentina, Bolivia, el Brasil, el Paraguay y el Uruguay. Es grande y se caracteriza por su canto rítmico, que algunos dicen que es el inspirador de la chacarera.

4 **Retacón:** corpulento y de baja estatura.

Tocar re-
rtinos, los
ron a ame
oir tanta bar
no de cosa
ir toda la
acompañando

no sabés volar. La fiesta es en el cielo, rococo, y jamás podrías llegar con tus saltos, que son cortitos y bajos.

Ahí nomás se terminaron las chanzas⁵... porque, cuando hablaba el cóndor, las demás aves se callaban. Así que cada una volvió a lo que estaba haciendo antes de la asamblea, y el sapo se quedó solito y pensativo entre las hojas.

Ya casi en vísperas de la boda, al sapo, que no era ningún zonzo, se le ocurrió una idea genial: si se metía en el agujero de la guitarra que el cóndor pensaba llevar a la fiesta, podía viajar en la caja sin que nadie se diera cuenta. Una vez en el cielo, saldría de su escondite... y, entonces sí, comería y bailaría a gusto. Total, si ya estaba en la boda, ¿quién le iba a reclamar algo?

Así lo hizo, entonces. Cuando avistó que el cóndor se preparaba para partir al cielo, se aplanó bien —como solía hacer para meterse debajo de las piedras— y se introdujo entre las cuerdas, sin hacer el menor ruido. En un abrir y cerrar de ojos, el rococo ya estaba dentro de la guitarra y el rey de las aves volaba altísimo llevándolo a cuestas hacia la boda que se celebraría entre las nubes.

Cuando el cóndor llegó a la fiesta, los demás pájaros lo aplaudieron con ganas: su entrada era siempre magistral. Saludó a los novios con mucha educación y, como era un poco engreído,⁶ enseguida se descolgó la guitarra para rasguear la primera pieza.

5 **Chanza:** broma, dicho gracioso.

6 **Engreído:** demasiado convencido de su valer.

predicador
atrás por o
parece no b
incentivos,
drentarse
Tabla de in

Ahí nomás, temiendo quedarse sordo con el tañido de las cuerdas, el sapo asomó la cabeza por el agujero del instrumento y salió despacito, como quien no quiere la cosa.

Dando saltitos cortos, y ante el estupor de la concurrencia, se acercó a la mesa y embuchó un maíz tostado.

—¿Quién invitó a este sapo? —preguntó el jilguero, ofendido.

—¡Cómo se atreve a venir! —gritó la gallareta.

—¡Es un sinvergüenza! —murmuró el gorrión panzudo.

Los novios no sabían qué hacer. Tenían miedo de que la fiesta se les fuera a arruinar por la presencia del sapo.

—Hay que echarlo —opinó la cigüeña.

—¡A picotazos! —agregó la hornerita, muy enfurecida.

Mientras tanto, el cóndor tocaba en su guitarra la primera vuelta de una chacarera doble. Algunos pájaros salieron a bailar, pero la mayoría estaba indignada con la presencia del rococo y no tenía la menor gana de celebrar.

El sapo siguió comiendo... Al fin y al cabo, para eso había ido a la fiesta, ya que amigos ahí no tenía ni uno solo. Y también anduvo tomando un vino patero⁷ que lo mareó al pobre. Tanto que, después de la tercera copa, se le ocurrió la mala idea de cantar la chacarera que estaba tocando el cóndor, porque la letra se la sabía de memoria, eso sí. Y empezó nomás:

—Chacarera amanecida, cro-cro cro-cro...

¡Era el colmo de los colmos! Encima de haber ido sin que nadie lo hubiese invitado, ¡ese sapo caradura pretendía cantar en

7 **Vino patero:** elaborado sin aditivos, solamente con uvas pisadas en un cuero. Se bebe una vez fermentado.

Tocar reg-
rtinos, los
ron a ame
oir tanta bar
no de cosa
ir toda la
acompañando



una fiesta de pájaros! Ahí estaban el cardenal, el jilguero y todas esas especies que tienen notoriedad de cantoras excelentes. ¿Cómo podía el rococo ser tan pícaro?

La cigüeña estaba de lo más indignada:

—¡Es un exceso! —gritó—. ¡Hay que echar a este sapo a patadas!

—A patadas, no —agregó el hornero, que hasta ese momento se había mantenido al margen—. ¡A picotazos, para que aprenda!

Todos los invitados estuvieron de acuerdo con la moción del hornero, menos el cóndor que seguía concentrado para no equivocarse con los acordes de su chacarera.

Hicieron un círculo alrededor del rococo y empezaron a picotearlo con fuerza. Y como el sapo estaba medio borrachín, perdió el equilibrio y se cayó del cielo.

Dicen los animales del monte que alcanzaron a ver la caída del sapo, que el rococo gritaba mientras se caía:

—¡Cuidado, piedras! ¡Córranse de ahí, a ver si las rompo!

Dicen también que se lastimó mucho al caer, porque no acertó a dar en una lagunita, sino que fue a parar directo al pedregal. Y que se hizo muchos moretones en el cuerpo... Tantos moretones dicen que se hizo, que no alcanzaron a curársele nunca.

Y es por eso que el rococo, ese sapo regordete y gran cantor, está lleno de manchas en el lomo. Esas manchas son, en realidad, los machucones que le quedaron de aquella vez en que los pájaros lo echaron de la fiesta en el cielo.

Tocar reg-
rtinos, los
ron a am
oir tanta bar
no de cosa
ir toda la
acompañando

CUANDO EL ZORRO HACE DE JUEZ

Mi abuela me contó que, cuando era moza,¹ escuchó la historia de un hachero llamado Isidro Costa. Dicen que era hombre fuerte y siempre andaba con un sombrero aludo que lo resguardaba del endiablado sol del mediodía.

Una mañana, don Isidro se levantó bien temprano porque quería tirar abajo un quebracho² tremendo de duro. Había otros árboles lindos y altos en el bosque donde él cortaba leña; pero la madera del quebracho era la que más duraba en el fogón y, además, largaba ese olorcito tan rico al quemarse...

Se metió por un camino entre los árboles, una senda que él mismo había trazado con sus botas, de tanto andar en el monte. Se arremangó la camisa y, cuando estaba decidido a dar el primer hachazo, oyó un quejido que venía de ahí cerca, por el lado de las matas de espinos:

—¡Ay, cómo me duele! ¡Duele mucho, patrón! ¡Ayúdeme!
A Isidro, el hacha se le detuvo en el aire.

—¿Quién me habla? ¿Dónde estás? —preguntó, creyendo que se trataba de un changuito³ perdido.

1 **Mozo:** joven.

2 **Quebracho:** árbol de gran tamaño y de madera muy dura, que se usa para fabricar los durmientes de las vías.

3 **Chango:** en el habla rural del Noroeste argentino, se le dice así a un chico.

—Por acaicito nomás... Derechito siga, señor —oyó que susurraba la voz.

Isidro se puso una mano en la oreja para escuchar mejor y anduvo unos pasos siguiendo el gemido. Grande fue su sorpresa cuando encontró que la voz provenía de un enorme tigre⁴ que estaba echado al pie de un mistol.⁵

Al principio se quedó helado, temiendo que el animal se le fuera encima; pero cuando vio que estaba atrapado, se tranquilizó y le preguntó:

—¿Qué pasa, amigo tigre? ¿Qué cuenta?

El tigre, que de tan lloroso que estaba no podía asustar ni a una hormiguita, le respondió:

—Vea, he querido sacar miel de este agujero y se me ha enganchado la pata en una astilla... ¿Me haría la voluntad de sacarla, por favor?

Isidro no era miedoso. ¿Cómo iba a ser miedoso un hombre que tantas veces había pasado la noche en el monte, sin más luz que el resplandor de las estrellas? Él sabía defenderse bien con el hacha. Pero, eso sí, la fama del tigre era tremenda: por su ferocidad y porque, cuando estaba hambriento, no se andaba con buenos modales.

—Oiga, compadre —respondió el hachero—, con gusto lo ayudaría, pero usted me va a querer comer en cuantito le libere la pata, y vea que yo quiero volver entero a mi casa esta noche.

4 **Tigre:** en muchos sitios de la Argentina se les da este nombre a los grandes felinos del lugar, como el yaguareté o el gato montés.

5 **Mistol:** planta con ramas muy abundantes, rígidas y espinosas, flores pequeñas, dispuestas en cortas cimas compactas, y un fruto con el que se suele elaborar arroje y otros alimentos. Se utiliza también con fines medicinales.

Tocar
rtinos, los
aron a ame
oir tanta bar
no de cosa
ir toda la
acompañando

El tigre lanzó un suspiro.

—Le juro, patrón, que no lo voy a comer si me libera —dijo en un hilo de voz—. Pero vamos, apúrese, que ya me siento medio muerto.

Isidro, confiado en la promesa del tigre —porque hay quienes dicen que no hay animal más noble en el monte—, se acercó al agujero del mistol y miró la pata lastimada. No era difícil liberarlo. Hizo palanca con el cabo del hacha y le desclavó la astilla.

—Ahí tiene, amigo —le dijo al tigre—. Ahora está libre... Me alegro por usted.

Y el tigre, un poco avergonzado porque su estima había quedado por el piso a causa de la astilla, le respondió:

—Gracias. Me quedo aquí para cuidarlo mientras haga.

Lo cierto es que el tigre estaba exhausto.⁶ Más se quedaba ahí con Isidro por cansancio que por otra cosa. Además, le empezaba a picar el bagre,⁷ después de tantas horas sin probar bocado.

En eso, justo cuando Isidro Costa estaba por voltear su tan preciado quebracho, el tigre le habló otra vez:

—¿Sabe, patrón? Yo creo que me lo voy a tener que comer a usted, porque tengo mucha hambre y, con esta pata lastimada, difícil me va a ser atrapar una presa grande. No se ofenda, don: son cosas que pasan.

A Isidro, la sangre se le heló en las venas.

6 **Exhausto:** muy cansado.

7 **Picarle el bagre a alguien:** se usa esta expresión, en sentido figurado, para dar a entender que alguien siente hambre.

—¿Cómo que va a comerme, si usted mismo me juró que no iba a hacerlo? —le replicó al animal, que, como quien no quiere la cosa, se le estaba arrimando más de la cuenta.

—Y bueno, así es, nomás. Quizás le como solamente una patita y me quedo pipón. ¡No alardee,⁸ hombre! —respondió el tigre, envalentonándose.

Por primera vez en la vida, Isidro Costa no sabía qué hacer. Esto no era como hachar un árbol imponente. ¡Qué iba a ser! Mucho menos, como acarrear rollizos⁹ hasta el pueblo. La amenaza del tigre era peor que todo eso junto... Pero es sabido que, cuando el hombre se encuentra en problemas, piensa más rápido, y así fue como al hachero se le ocurrió una idea: si le pedían a algún otro animal que opinara sobre el asunto, quizás saliera ganando. Porque él le había salvado la vida al tigre, eso nadie lo podía negar; entonces, era totalmente injusto que el tigre se lo comiera.

Dio la casualidad de que, a unos metros de ahí, pastaba un caballo viejo, con el espinazo vencido y las costillas que se le veían debajo del pellejo, de tan flaco que estaba.

—Venga, amigo —le dijo Isidro al tigre—. Vamos a pedirle a ese caballo que sea juez en nuestro caso, porque yo creo que no está bien que usted me coma... Pero si don caballo dice que sí, entonces se lo acepto.

El tigre accedió a regañadientes.¹⁰

8 **Alardear:** presumir de algo.

9 **Rollizo:** rollo de maderas.

10 **A regañadientes:** con disgusto, con pocas ganas.

Tocar reg-
artinos, los
ron a ame
oir tanta bar
no de cosa
in toda la
acompañando





—Oiga, don caballo —dijo Isidro Costa, sacándose el sombrero para saludar—, resulta que este tigre estaba atascado en el agujero de un mistol y me pidió ayuda. Yo le dije que iba a sacarlo, pero si prometía no comerme. El tigre juró y perjuró que no iba a hacerlo, y mire lo que pasa ahora: el muy pillo¹¹ quiere usarme de cena. ¿Qué dice usted, que es buen conocedor de estos temas?

El caballo revoleó un poco la cola, como si se espantara las moscas, aunque no había una sola mosca cerca, y después de pensarlo un rato respondió:

—Yo contra usted no tengo nada, don hachero, pero mire lo que me pasa: los hombres me han usado cuanto les vino en gana, y ahora que estoy viejo y ya no sirvo para las labores del campo, no me procuran comida ni me cuidan. Los hombres son malos con los animales. Por eso yo digo que el tigre tiene derecho a comérselo.

—¡No puede ser! ¡No puede ser! —gritó Isidro.

Y ahí nomás vio una vaca gorda que masticaba pasto cerquita. Se le iluminaron los ojos al hachero y le propuso al tigre:

—Vamos a preguntarle a esa vaca, que ha de ser más justa que el caballo.

El tigre estaba cada vez más hambriento, pero como le remordía la conciencia comerse a su salvador, accedió.

—Oiga, doña vaca —dijo Isidro—, resulta que este tigre estaba atascado en el agujero de un mistol y me pidió ayuda. Yo le dije que iba a sacarlo, pero si prometía no comerme. El tigre juró

11 **Pillo:** pícaro, astuto.

Tocar reje
rtinos, los
ron a ame
oir tanta bar
no de cosa
ir toda la
acompañando

y perjuró que no iba a hacerlo, y mire lo que pasa ahora: el muy pillo quiere usarme de cena. ¿Qué dice usted, que es buena conocedora de estos temas?

La vaca miró a sus dos interlocutores con esa mirada tan triste que tienen las vacas y después de pensarlo un rato respondió:

—Yo contra usted no tengo nada, don hachero, pero mire lo que me pasa: mi patrón me ha comprado en un remate cuando yo era chiquita. Se ha afanado¹² en cuidarme y hacerme engordar como una bola. ¿Por qué cree usted que lo hizo? ¡Nada más que porque quiere carnearme y prepararse un rico asadito con mi lomo! Los hombres son malos con los animales. Por eso yo digo que el tigre tiene derecho a comérselo, nomás.

—¿Ha visto? —refunfuñó el tigre.

A Isidro se le estaban acabando las ideas. Ya se veía entre las fauces del tigre, que empezaba a impacientarse. Pero de pronto se le ocurrió lo siguiente: tenía que recurrir al zorro... El zorro, animal destacado por su viveza, solía actuar como juez en el monte. Era sabido que siempre lo llamaban en pleitos complicados para que él diera una solución justa.

—Mire, don tigre —propuso—. Yo no quiero darle más vueltas al asunto, porque se nos está haciendo de noche y me entró frío. Creo que lo más justo es preguntarle al zorro a ver qué opina él. Y a lo que él diga, de verdad, le hacemos caso, y listo.

El tigre lanzó un largo suspiro que le hizo temblar los bigotazos. A esta altura, tenía tanta hambre que le parecía que veía doble.

12 **Afanarse en algo:** hacer algo con mucha dedicación.

—Está bien —aceptó.

Y ahí nomás se fueron a buscar la madriguera¹³ donde el zorro se retiraba a descansar cuando caía la tarde.

En cuanto lo vieron, el tigre se adelantó a preguntar temiendo que Isidro le ganara de mano:

—Mire, don zorro —dijo muy serio—, resulta que este hachero me ha sacado una astilla de la pata y ahora no quiere que me lo coma... Pero la verdad es que yo estoy muy hambriento y se me da que puedo hincarle el diente. ¿Qué piensa usted?

El zorro meneó la cabeza, como si buscara alguna idea. De la misma forma que el tigre tenía fama de feroz y sanguinario, el zorro la tenía de astuto. Al rato, respondió:

—Vean: yo soy juez y conozco bien mi trabajo. Para poder declararme sobre el particular que me presenta el tigre, tengo que hacer la reconstrucción de los hechos. Por eso, les pido, señores, que me lleven hasta el lugar donde don Isidro se topó con el tigre lastimado.

Y así lo hicieron: el zorro, el tigre y el hachero se acercaron hasta el mistol donde había empezado toda esta historia.

—Bien —dijo el zorro—. Ahora, usted, señor tigre, meta la pata en el agujero y clávese otra vez la astilla.

El tigre obedeció, seguro de que esta vez, como las anteriores, iba a encontrar un aliado.

Pero no fue así.

En cuanto el zorro se cercioró de que el felino estaba atrapado, largó una carcajada y le dijo a don Isidro:

13 **Madriguera:** cueva en la que habitan ciertos animales.

Tocar re-
rtinos, los
ron a ame
oir tanta bar
mo de cosa
ir toda la
acompañando

—Y ahora, amigo, dele fuerte con el mango del hacha a este tigre desagradecido, para que aprenda. Y la próxima vez, usted que es hombre y razona, piense bien si quiere salvarle la vida a un sinvergüenza que no sabe cumplir con su palabra.

Isidro Costa se quedó pensativo. Después de un rato, le agradeció al zorro por su trabajo y se fue a su casa sin lastimar al tigre.

Era tarde, estaba cansado, y al otro día le esperaba ese quebracho tremendo de duro que hoy, con tanto lío, no había podido terminar de echar abajo.





LAS CARRERAS DEL SURI

Un día de junio, en pleno otoño, el suri¹ Tulio bajó del cerro hecho una bala. Atolondrado como era, metió las patas entre la hojarasca y pisó sin querer al sapo Zoilo, que estaba descansando lo más tranquilo al lado de una piedra.

—¡Epa, amigo! ¿Qué le pasa? ¿No me ha visto? —se quejó el sapo.

El suri miró hacia los costados, después hacia el suelo, y cuando descubrió que esa vocecita provenía de Zoilo, le respondió aguantándose la risa:

—¡Como si fuera gran cosa!

—Gran cosa o no, usted tiene que respetarme —refunfuñó el sapo—, porque yo tengo aquí mi casa.

—¡Como si fuera gran cosa! —volvió a decir Tulio, mientras pispeaba con sus ojos redondos como dos platos a ver si encontraba un buen sitio para comer yuyos.

Zoilo estaba indignado. Por ser chiquito y barrigón, los demás animales del monte no lo tenían en cuenta. Para colmo, el suri ni siquiera vivía cerca, sino que venía por ahí cuando se le terminaban los pastos de su querencia.²

1 **Suri:** también llamado *choique* o *ñandú*, es un ave corredora americana, muy veloz, que habita las grandes llanuras. Se alimenta de plantas e insectos.

2 **Querencia:** sitio en que se han criado o al que tienen costumbre de acudir el hombre y algunos animales.

predicador
atras por o
parece no l
incentivos,
drentarse
tárola de in

“Es un flor de interesado”, pensó el sapo, mientras veía cómo Tulio, muy confianzudo, rumbeaba para el lado de la laguna para tomar agua.

—¡Vaya! ¡Hasta el agua de mi laguna ha decidido usar! —gritó Zoilo lo suficientemente fuerte como para que el otro lo oyera.

Y Tulio, sin molestarse en enderezar el cuello, le respondió:

—¿Su laguna? ¡Como si fuera gran cosa!

Esa fue la gota que rebasó el vaso. El sapo sintió que se hinchaba de indignación. ¡Encima se burlaba de él, este suri vivarachito!

—Vea —dijo Zoilo—, hagamos una apuesta, a ver si así aprende a respetar a los demás... Le juego una carrera en el arenal.³ Si gana usted, puede venir por estos pagos cuando quiera, y yo no le digo ni mu... Pero si gano yo, ah, amigo, usted me tiene que pedir permiso cada vez que se le ocurra acercarse a esta laguna o estos pastos. ¿Qué le parece?

A Tulio se le marcaron dos hoyuelos cerca del pico porque se contuvo la risa. ¡Cómo era posible que un sapo quisiera ganarle una carrera a un pájaro! El suri tenía patas largas y, aunque sus plumas no le sirvieran para volar, daba unas zancadas tan extensas, que no le envidiaba el vuelo ni siquiera al cóndor.

—Está bien —aceptó Tulio—. Ponga usted las reglas y decida en qué lugar se hará la carrera. Allí estaré yo, listo para ganarle.

El sapo movió la cabeza en señal de conformidad y, en cuanto el suri volvió al cerro, puso manos a la obra. Tenía que actuar con cautela y ser pícaro para ganar esa contienda.

3 **Arenal:** extensión grande de terreno arenoso.

Tocar reg-
rtinos, los
ron a ame
oir tanta bar-
no de cosa
ir toda la
acompañando

Se fue derecho al arenal y marcó cuatro líneas para delimitar la pista. Este sapo tenía una parentela enorme, así que llamó uno por uno a sus primos —que eran igualitos a él, todos con el mismo color de piel y las mismas manchas— y les pidió que lo ayudaran. Para eso, tenían que esconderse en pozos debajo de la arena, y saltar cada vez que el suri diera un paso. Bien sabía Zoilo que su contrincante no era muy avisado.⁴

Llegó el día de la carrera. Zoilo estaba desde temprano estirando las patas para precalentar los músculos. Tulio, en cambio, llegó tarde y le dijo al sapo con cara de sobrador:⁵

—¡Cuando usted diga, compañero!

Los primos de Zoilo ya estaban escondidos cuando la vizcacha anunció:

—En sus marcas, preparados, listos... ¡Ya!

Los dos corredores salieron hechos un torbellino.⁶ El sapo a los saltos limpios, y el suri zaqueando.⁷

Tulio iba tranquilo, porque estaba seguro de que el otro nunca podría ganarle. Pero, cada vez que miraba al costado, ahí estaba Zoilo dando un salto. Siempre a la par de él, ni más atrás ni más adelante. Claro, el sapo que veía el pobre Tulio no era Zoilo, sino alguno de sus primos, que estaba escondido en la arena y que, apenas el suri pisaba, salía dando un saltito.

4 **Avispado:** vivo, despierto.

5 **Sobrador:** que acostumbra tratar con suficiencia a los demás.

6 **Torbellino:** remolino de viento.

7 **Zaquear:** andar a grandes pasos o con prisa.

De nada sirvió que Tulio apurara el tranco, porque Zoilo llegó a la meta antes que él. Bueno... eso de llegar es una manera de decir; en realidad, Zoilo estaba escondido justito al lado de la raya de llegada y, en cuanto el suri iba a pisar, ¡paf!, saltó y la atravesó primero.

—¿Ha visto, pajarraco? —dijo Zoilo—. ¡Gané yo! Así que, de ahora en más, me trata respetuosamente y pide permiso para pasar por mi pantano. ¿Me escuchó?

—Sí, sí —respondió el pobre suri.

Y se quedó pensando cómo era posible que un sapo petisito y barrigón le hubiese ganado la carrera...

Justo iba caminando por ahí una garrapata, que escuchó de casualidad lo que decía el sapo, y le dio tanta risa que se quedó boca arriba agarrándose la panza.

El suri miró a los costados, después hacia el suelo y vio al bichito que no paraba con las carcajadas.

—¿Usted se ríe de mí? —preguntó indignado.

—¿Y de quién más? —repuso la garrapata, muerta de risa—. ¡Si le ha ganado la carrera este sapo, seguro que hasta yo podría ganarle, don Tulio!

—¡Eso sí que no! —vociferó el suri, lleno de rabia.

Zoilo, que se había quedado ahí mirando, metió púa, de entremetido,⁸ nomás:

—Juéguele una carrera a la garrapata, amigo suri, así se saca las ganas de llevar un triunfo al cerro.

8 **Entremetido:** que tiene la costumbre de meterse donde no lo llaman.

Tocar re-
rtinos, los
ron a ame
oir tanta bar
no de cosa
ir toda la
acompañando





—¡Eso haré! —respondió el suri, muy seguro de sí mismo.

Otra vez se juntaron los animales al borde del arenal. Y como las líneas ya estaban marcadas de la carrera anterior, al suri y a la garrapata no les quedó más que esperar la orden de la vizcacha:

—En sus marcas, preparados, listos... ¡Ya!

Y Tulio salió como una tromba,⁹ dando zancadas largas y levantando polvareda a diestra y siniestra. Tan tupida era la nube de tierra que desparramaba el suri al correr, que no le pareció raro no ver a la garrapata persiguiéndolo. Al contrario, pensó que era imposible verla de tan relegada que venía.

Pero otra vez a Tulio lo habían timado:¹⁰ la garrapata se le había prendido de una pluma de atrás y allí viajaba, lo más pan-cha, sin hacer el menor esfuerzo.

Justo cuando estaba a punto de cruzar la línea de llegada, el suri miró atrás por última vez, y como no vio al adversario por ahí cerca, se le ocurrió hacerse el vivo y dijo en voz alta:

—Ahora voy a sentarme aquí en la meta, a esperar que llegue ese bicho tan lento que quiso desafiarme. ¡Habrás visto tamaña desvergüenza!

En ese momento, la garrapata se desprendió de la pluma y cayó precisamente en la línea de llegada. Ahí mismo gritó:

—¡Epa, amigo! ¡Cómo se ha demorado! ¡No se le ocurra sentarse acá, que va a aplastarme! Me parece que ha perdido otra vez.

9 **Tromba:** columna de agua que se eleva desde el mar por acción del viento huracanado.

10 **Timar:** engañar.

Tocar reg-
rtinos, los
ron a ame
oir tanta bar
no de cosa
ir toda la
acompañando

El suri volvió a girar sobre sus patas largas y vio que la garrapata estaba ya en la meta, más fresquita que una lechuga. ¡Había llegado antes que él!

Entonces se acercó el sapo Zoilo para decirle:

—¿Vio que no hay que burlarse de los que son más chicos que uno?

Y conversando con la garrapata, se perdieron en el monte.

A partir de ese día, el suri Tulio se fijó muy bien donde pisaba cuando bajaba del cerro. Y no vayan a creer que le era esquivo al saludo. Al contrario: cada vez que podía, se acercaba a la piedra donde dormía Zoilo y preguntaba:

—¿Tuvo una buena noche, amigo? ¿Necesita que le traiga algo del cerro? Pida, nomás, que será un gusto complacerlo...





LA PRINCESA QUE ROMPÍA CADA NOCHE SIETE PARES DE ZAPATOS

Mateo vivía bastante lejos del palacio del rey Filomeno. Sin embargo, todas las tardes, cuando el sol se ponía del color de una mandarina y empezaba a esconderse detrás del cerro, a Mateo le parecía ver las torres espejadas del castillo, allá a lo lejos... En realidad, más que verlas, se las imaginaba, porque él jamás en la vida había salido de su pueblito.

Mateo vivía con su mamá, que ya estaba viejita y achacosa.¹ Se ganaba el sustento cuidando los chivos² de su tío, cosa que lo aburría a más no poder. Imagínense: era joven, fuerte y tenía un par de ojos más lindos que dos amaneceres juntos. Una vez, su madrina le había dicho:

—Mirá que sos buen mozo,³ muchacho. No sé por qué no te vas a la ciudad a probar suerte.

Pero a Mateo la idea no terminaba de convencerlo.

“¿Qué voy a hacer yo, tan pobre, en una ciudad llena de cosas lindas?”, pensaba, mientras los chivos comían los yuyos que crecían entre las piedras. “¿A quién voy a engañar con esta ropa andrajosa...?”

1 **Achacoso:** que sufre los dolores típicos de la vejez.

2 **Chivo:** cría macho de las cabras, desde que deja de mamar hasta que llega a la edad de procrear.

3 **Buen mozo:** gallardo, de hermosa presencia.

predicador
átivas por o
parece no b
incentivos,
drentarse
tárola de in

Y así se pasaba tardes enteras debatiéndose entre quedarse a cuidar los animales de su tío para toda la vida, o atreverse a recorrer los kilómetros que lo separaban del palacio.

Un día, se levantó un viento muy fuerte, de esos que se levantan en la serranía,⁴ y en el momento en que Mateo terminaba de encerrar todos los chivos en el corral, un papel vino volando y se quedó enredado en un espinillo.⁵ Lo levantó y leyó lo que decía:

*El rey Filomeno dará la mano de su hija
a quien sea capaz de resolver el misterio
de los siete pares de zapatos rotos.*

Mateo sintió que el corazón se le ponía a galopar como un potrillo. Ese papel debía ser una especie de señal, algo que le decía que tenía que decidirse nomás a ir hasta el palacio.

A la mañana siguiente, sin dudar ni un segundo, se vistió con lo mejorcito que tenía y partió.

Anduvo y anduvo, siempre hacia el Este, porque del otro lado se levantaban los cerros altos. ¡Jamás hubiera imaginado que el palacio quedaba tan lejos! Después de caminar casi un día entero, estaba exhausto y se moría de hambre, aunque no pensaba abandonar su peregrinaje por nada del mundo. En eso, vio un rancho, y en la puerta del rancho, una señora tejiendo.

—Buenas y santas —la saludó.

4 **Serranía:** espacio de terreno cruzado por montañas y sierras.

5 **Espinillo:** arbusto con ramas espinosas y flores blancas o amarillas, muy perfumadas.

Tocar re-
rtinos, los
ron a ame
oir tanta bar
mo de cosa
ir toda la
acompañando

—Dichosos los ojos que te ven, Mateo —respondió ella—.
¿Vas al pueblo?

Él se sorprendió de que la mujer supiera su nombre, porque jamás la había visto.

—Sí, voy. A casarme con la princesa.

La señora que tejía soltó una carcajada y le preguntó:

—¿Con esa pinta pensás enamorarla?

El chico bajó la cabeza y sintió que se ponía colorado. Le daba vergüenza ser tan pobre y estar mal entrazado.⁶

—Vos sos bueno, Mateo, lo que te falta es confianza en vos mismo —siguió diciendo la señora—. Así que yo te voy a dar una virtud,⁷ porque vos te lo merecés, y te voy a ayudar a que te cases con la princesa.

Mateo se puso a temblar. ¿Se habría encontrado con una bruja?

—¿Qué es eso que dicen de los zapatos rotos? —preguntó con un hilito de voz.

La señora entró en la casa, volvió a salir con una torta frita y se la ofreció al hambriento muchacho. Después habló:

—Resulta que la princesa Filomena rompe todas las noches siete pares de zapatos y no se sabe cómo ni por qué. Lo tiene loco al rey, que cada día debe encargarse de conseguirle zapatos nuevos. Varios mozos han ido al palacio a averiguar qué pasa, qué hace la princesa cuando todos duermen, pero no encontraron respuesta. Ahora el rey ofreció como recompensa la mano de su

6 **Mal entrazado:** mal vestido.

7 **Virtud:** aquí, poder, capacidad prodigiosa.

hija... Pero, eso sí, si el mozo no llegara a descubrir el entuerto,⁸ ¡le corta la cabeza!

—¿Y cómo voy a hacer yo para desentrañar el misterio?

—preguntó Mateo.

La mujer parecía tener todo previsto:

—Yo te voy a dar un gallo. Vas a presentarte al rey y le vas a decir que sos capaz de descubrir el enigma de los zapatos rotos. Entonces, a la noche, el rey va a permitir que te quedes en la puerta de la habitación de su hija. Vos andate con el gallo nomás a la puerta de Filomena. Cuando ella quiera darte una copa de vino, vos aceptala, pero ¡cuidadito con tomarla!, porque tiene una pócima⁹ que hace desmayar al que la bebe. Entonces, Filomena se va a meter en su cuarto y va a hacer como que duerme. Esperá tu momento, Mateo. Cuando el gallito te avise que son las doce, invocá la virtud que te di, diciendo: “Por esta virtud, me convierto en hormiga”. Y ahí te vas a hacer chiquitito, chiquitito. Entrá por la cerradura a la habitación de la princesa y mirá lo que pasa. Cuando quieras hacerte grande otra vez, invocá la virtud y decí: “Por esta virtud, me convierto en hombre”.

A Mateo la cosa le parecía más que extraña: ¡extrañísima! Pero ya estaba metido en el asunto, había comido la torta frita mientras escuchaba a la mujer, y tenía ganas de caminar de nuevo; así que le agradeció mucho a la señora y se fue con el gallo bajo el brazo, en busca del palacio del rey Filomeno.

Después de unas cuantas horas de caminata, divisó las

8 **Entuerto:** ofensa que se le hace a alguien.

9 **Pócima:** líquido desagradable de beber.

Tocar reg-
rtinos, los
ron a ame
oir tanta bar
mo de cosa
ir toda la
acompañando

famosas torres espejadas de las que tanto había oído hablar. El castillo del rey era maravilloso. Mateo nunca había visto una cosa semejante. ¡Hasta una fosa¹⁰ tenía, para que no entraran ladrones! Y cuando les dijo a los guardias que lo dejaran pasar porque venía a desentrañar el misterio de los zapatos rotos, los hombres se le murieron de risa en la cara.

—¡Con esa facha! —le gritaron.

Y Mateo, agarrando fuerte el gallito que le había dado la mujer, respondió muy orondo:¹¹

—Sí, con esta facha voy a descubrir el secreto y me voy a casar con la princesa Filomena.

Todos se reían, pero el rey escuchó a Mateo con atención y accedió a que esa noche se quedara en la puerta de la habitación de la princesa.

Allí se apostó Mateo y la esperó pacientemente. La joven Filomena llegó después de la cena, bostezando como si tuviera muchísimo sueño. Era hermosa: de bucles dorados y ojos negros como la mismísima noche.

—Oiga, mozo —dijo la princesa, dirigiéndose a Mateo—, ¿no le han dado nada de tomar? ¡Qué vergüenza! Voy a traerle una copa de vino para que se moje los labios.

“A otro tonto con ese cuento”, pensó Mateo, pero aceptó amablemente la copa que le trajo Filomena. Apenas entró la princesa en la habitación, el muchacho tiró el contenido de la copa en una maceta.

10 **Fosa:** excavación profunda alrededor de una fortaleza.

11 **Orondo:** lleno de presunción y muy contento de sí mismo.

Mateo esperó y esperó, hasta que, a las doce en punto, el gallo cantó tres veces. Entonces, invocó la virtud que le había dado la mujer y dijo: “Por esta virtud, me convierto en hormiga”. Y ahí nomás se hizo chiquitito como una hormiga. Así, sin que nadie lo viera, se metió por la cerradura de la puerta de la habitación de la princesa y la espió.

Justo en ese momento, Filomena se había levantado de la cama y estaba buscando algo en su cómoda.¹² Mateo vio cómo la princesa destapaba un frasco —que parecía una botella de perfume común y corriente—, y volcaba unas gotas del contenido sobre su cabeza.

En el acto, Filomena se convirtió en un pájaro de plumas blancas, y cuando estaba trepándose a la ventana para salir volando, Mateo, hecho una hormiguita, se le colgó de una pluma y salió volando con ella sin que la princesa se diera cuenta.

Así volaron a través de enormes campos y montes, a lo largo de muchos pero muchos kilómetros. Al cruzar una arboleda bien tupida, un mistol saludó a Filomena diciéndole:

—¡Buenas noches, niña! Y cuidado con su compañía...

La princesa se quedó mirando hacia los árboles. “¿Qué compañía, si estoy sola?”, pensó. Y siguió volando.

Al rato, pasaron sobre una laguna y la laguna le gritó a Filomena:

—¡Buenas noches, niña! Y cuidado con su compañía...

¹² **Cómoda:** mueble con tablero de mesa y tres o cuatro cajones que ocupan todo el frente y sirven para guardar ropa.

Tocar reg-
rtinos, los
ron a ame
oir tanta bar
mo de cosa
ir toda la
acompañando





La princesa miró hacia la laguna. “¿Qué compañía, si estoy sola?”, pensó. Y siguió volando.

Después de una hora de vuelo, la princesa y Mateo planearon sobre un pedregal y una de las piedras le dijo a Filomena:

—¡Buenas noches, niña! Y cuidado con su compañía...

La princesa miró a la piedra. “¿Qué compañía, si estoy sola?”, pensó. Y siguió volando.

Al ratito, llegaron a un claro del bosque que se veía bastante iluminado por la luz de la luna. Filomena bajó a tierra firme y en el acto se convirtió nuevamente en princesa. Mateo, todavía con la forma de una hormiga muy chiquita, se escondió detrás de un tronco y desde ahí vio todo lo que pasaba.

En ese lugar había una gran fiesta: hadas, duendes, otras princesas encantadas y algunos animales bailaban al ritmo de una música hipnotizadora que no se sabía de dónde venía. Filomena bailaba y bailaba, y cada tanto se cambiaba los zapatos, porque se le arruinaban de tanto taconear contra el pedregullo.

Mateo estaba obnubilado.¹³ Filomena daba vueltas y vueltas con su hermoso vestido de princesa, y los rayos de la luna le alumbraban los bucles haciéndolos resplandecer como trocitos de espejos. ¡Nunca en su vida había visto Mateo una cosa semejante! Y en ese mismito instante se dio cuenta de que Filomena no solamente le parecía la joven más hermosa del mundo, sino que se había enamorado de ella.

En eso, se oyeron unas campanadas muy pero muy fuertes que venían del lado de los cerros, y los convidados al baile

¹³ **Obnubilado:** deslumbrado, embelesado.

Tocar re-
rtinos, los
ron a ame
oir tanta ba-
no de cosa
ir toda la
acompañando

salieron corriendo despavoridos. Al parecer, a determinada hora, el encanto de la fiesta se acababa y todos los invitados tenían que volver a sus casas rápido, para no quedar hechizados para siempre en ese sitio, transformados en estatuas de arena.

Tan apurada estaba Filomena, que al convertirse en pájaro nuevamente, se le cayó un pañuelito que llevaba con ella y tenía bordado su nombre. Ni lento ni perezoso, Mateo lo agarró y se trepó a la cola del ave, que salió volando rapidísimo para volver al palacio.

En el recorrido de regreso, Filomena y Mateo atravesaron exactamente los mismos lugares que a la ida. Otra vez sobrevolaron el pedregal y la misma piedra saludó:

—¡Adiós, niña! Y cuidado con su compañía...

Y después la laguna, que le gritó a Filomena:

—¡Adiós, niña! Y cuidado con su compañía...

Y por último, la arboleda bien tupida, donde el mistol saludó a Filomena diciéndole:

—¡Adiós, niña! Y cuidado con su compañía...

Pero la princesa estaba tan apurada que no hizo caso a las voces del bosque, y siguió volando a toda velocidad rumbo al castillo de su padre.

En cuanto la joven convertida en ave atravesó la ventana, Mateo —que todavía conservaba la forma de una hormiga— se desprendió de una pluma y corrió hasta la puerta para salir por a cerradura. Apenas estuvo afuera de la habitación, invocó la virtud que le había dado la mujer y dijo: “Por esta virtud, me convierto en hombre”, y volvió a transformarse en el mozo alto y de hermosos ojos que era Mateo.

A la mañana siguiente, Filomena salió de su habitación muy ufana¹⁴ y saludó a Mateo como si no hubiera pasado nada.

Cerca del mediodía, se juntó la comitiva del rey para escuchar lo que tenía que decir Mateo sobre el misterio de los zapatos rotos. Más de uno no pudo contener la risa al ver a ese joven tan pobremente vestido, y con un gallo agarrado del cogote.

Habló el rey:

—A ver, m'hijito. ¿Qué tiene para decirme?

Mateo carraspeó¹⁵ un poco y respondió:

—Yo sé por qué la princesa Filomena rompe siete pares de zapatos cada noche.

La comitiva entera se rio a carcajadas, pero Mateo siguió:

—Su hija se transforma en pájaro después de echarse un líquido misterioso sobre la cabeza. Así, convertida en pájaro, sale por la ventana de su habitación y atraviesa bosques y montes, hasta que llega a una fiesta maravillosa donde baila hasta el amanecer. Ahí mismo la princesa arruina siete pares de zapatos, danzando como loca entre los pedregullos del bosque.

Toda la audiencia quedó boquiabierta después de escuchar el relato del joven, y ni qué decir el rey, que no cabía en sí del asombro. Entretanto, Filomena miraba a Mateo con una mezcla de estupor¹⁶ y cariño.

—¿Y cómo piensa usted que yo voy a creerle semejante cosa?

—gritó el rey.

14 **Ufana:** satisfecha, alegre, contenta.

15 **Carraspear:** emitir un tosecilla repetidas veces a fin de aclararse la garganta y evitar el enronquecimiento de la voz.

16 **Estupor:** asombro.

Tocar re-
rtinos, los
ron a ame
oir tanta bar
mo de cosa
ir toda la
acompañando

Entonces, Mateo, ni lerdo ni perezoso, sacó de su bolsillo el pañuelo de la princesa, con el nombre de la muchachita bordado, y se lo mostró a toda la concurrencia. Y lo mejor de todo fue que, a pesar de su nerviosismo porque tanta gente lo miraba con desconfianza, no le tembló la mano ni una vez. Estaba seguro de lo que hacía, como jamás lo había estado en toda su existencia. Y claro... lo que sucedía era que se había enamorado.

El rey se dio vuelta para mirar a Filomena y le preguntó:
—¿Es verdad, hijita, lo que dice este muchacho?

La princesa, un poco colorada, respondió que sí, que todo era verdad. Y le contó a su padre que, cuando ella era muy pequeña, una hechicera la había encantado obligándola a participar todas las noches en el baile del bosque, y que ese hechizo únicamente iba a acabarse el día que un joven inteligente y valeroso desentrañara el misterio de los siete pares de zapatos rotos.

El rey se alegró mucho de que su hija estuviera libre de semejante brujería y la entregó formalmente en matrimonio a Mateo esa misma tarde.

Se hicieron grandes celebraciones para la boda de los dos jóvenes. Y al festejo fueron de invitados: la mamá de Mateo, la señora que le regaló la virtud, el tío y los chivos.

Yo estuve también en la fiesta, y después me vine para mi rancho.



¡EL PRÍNCIPE TIENE OREJAS DE BURRO!

Había una vez un país, ni tan grande ni tan chiquito, donde gobernaban un rey y una reina que deseaban con todas sus fuerzas tener un hijo; pero los años pasaban y la reina no quedaba embarazada. Los habitantes del reino estaban muy tristes, porque querían mucho a sus soberanos, que eran justos y bondadosos.

Al fin, llegó la feliz noticia del embarazo y, nueve meses más tarde, nació el primogénito.¹

Lo extraño fue que el día tan esperado del nacimiento, la partera notó que las orejas del bebé eran un poco largas y puntiagudas. Pero la reina, que estaba loca de contenta con el alumbramiento,² abrazó con fuerza a su hijito y dijo:

—¡No tienen nada de raro estas orejas! Lo que pasa es que todavía la cabeza es muy chiquita. En unos días, los tamaños se van a corregir.

Y la partera, que respetaba mucho a la reina, le respondió convencida:

—Así será, Su Majestad.

Pasaron los días, pasaron los meses, ¡pasaron los años!, y las orejas del príncipe no se corrigieron. Al contrario, se convirtieron en dos perfectas orejas de burro. Eso sí, siempre estaban bien

1 **Primogénito:** el hijo que nace primero.

2 **Alumbramiento:** parto.

disimuladas por su hermoso pelo largo, lleno de rulos rubios, que la mismísima reina se ocupaba de recortar personalmente para que nadie, salvo ella y el rey, supiera lo que escondía su hijo debajo de los bucles.³

Cuando el príncipe cumplió veinte años, sus padres fueron invitados a otro país: un reino enorme y poderoso —no como el de ellos, que no era ni tan grande ni tan chiquito—, y estos soberanos buenos y justos no pudieron negarse a semejante invitación. Entonces se animaron a ir, convencidos de que iban a estar ausentes por unos pocos días.

Pero, como suele ocurrir cada vez que se hace un viaje, las cosas se complicaron. Primero se arruinó la rueda izquierda del carruaje real. Después, uno de los caballos metió la pata en una vizcachera.⁴ Más tarde, y cuando estaban a punto de llegar al reino enorme y poderoso, el cochero se confundió al mirar el mapa y se desviaron sin querer varios kilómetros, que en aquel tiempo no significaban unas horitas de retraso, sino ¡un día! Entre una cosa y la otra, esa visita —que estaba planificada para durar menos de una semana— se volvió eterna. . . o, al menos, eso fue lo que le pareció a la reina, que no veía la hora de volver a su palacio.

Mientras tanto, el príncipe se las arreglaba muy bien con el mando. Era inteligente, muy capaz y, por ser joven, poseía una energía sobresaliente y resolvía los problemas del reino con espontaneidad

3 **Bucles:** rizos del cabello.

4 **Vizcachera:** cueva que excava en el suelo la vizcacha, que es un roedor de hábitos nocturnos.

Tocar reg-
rtinos, los
ron a ame
oir tanta ba-
mo de cosa
ir toda la
acompañando

y audacia. Los súbditos estaban contentísimos. Formaban fila para pedir audiencia con el príncipe; y el muchacho, con su corona puesta, a todos les ofrecía una respuesta satisfactoria.

Todo iba bien hasta que, una mañana, el príncipe se miró en el espejo y notó que el pelo le había crecido demasiado.

“De ninguna manera puedo presentarme así frente a mi pueblo”, pensó. Y tenía toda la razón del mundo, porque... ¿quién iba a respetar a un soberano con la cabeza hecha un nido de caranchos?⁵

Llamó a un peluquero, el más afamado del reino, y le habló con sinceridad.

—Quizás le sorprenda que lo haya convocado —le dijo, muy sereno—, porque jamás necesité de sus servicios. Pero ahora es diferente y le voy a explicar por qué: la reina, que es mi madre, siempre se ocupó de arreglarme el pelo. Esta vez, como ella está lejos, no puedo prescindir de los servicios de un peluquero, y es por eso, señor, que lo mandé a buscar. Debo decirle que debajo de mi tupida cabellera hay un secreto... un secreto que no conoce nadie más que la reina, el rey y yo mismo. Lo único que le pido es que usted haga su trabajo y que no le cuente a nadie lo que descubrirá al cortarme el pelo.

—¡Por supuesto, Su Majestad! —repuso el peluquero, que no cabía en sí de la curiosidad—. ¿Acaso tengo cara de alcahuete?⁶

5 **Carancho:** ave típica de América; es parecida al halcón y se alimenta de restos de animales muertos.

6 **Alcahuete:** persona que lleva y trae chismes.

El pobre peluquero pensó que se trataba de un problema de piel; quizás un caso de caspa algo avanzada... Pero se quedó helado cuando comenzó a recortar los rulos del príncipe y descubrió debajo de ellos las largas orejas de burro.

“¡Ay, el príncipe tiene orejas de burro!”, se dijo el hombre, lleno de desconcierto y admiración. Y enseguida, con un gesto involuntario, se tapó la boca con la mano. Bien sabía que, a partir de ese momento, el secreto le valía la vida.

Por fin, al cabo de tres meses, los monarcas regresaron a su reino. Se organizaron bailes y grandes banquetes para recibirlos.

Cuando el príncipe estuvo a solas con su madre, le explicó lo que había ocurrido en su ausencia y le confesó que, de ahora en más, quería que el peluquero se ocupara de su pelo, ya que había hecho muy bien su trabajo y era absolutamente digno de confianza.

La reina, que más sabía por vieja que por reina, se sorprendió por la negligencia⁷ de su hijo.

—¿No sabés, hijo mío, cuál es la fama de los peluqueros? No son capaces de cerrar la boca: hacen rodar los chismes del pueblo y casi siempre los agrandan... No hay un peluquero en todo el mundo que pueda guardar un secreto. Mal hiciste en confiarte, hijo mío. Muy mal.

El príncipe miró a su madre y pensó que todas las cosas cambiaban. Pues, de la misma forma que él había sido capaz de llevar adelante el reino solo, aunque nadie hubiera confiado en que pudiera hacerlo, quizás este peluquero era la excepción a la regla y podía quedarse callado.

7 **Negligencia:** falta de cuidado.

Tocar re-
rtinos, los
ron a ame
oir tanta bar
no de cosa
ir toda la
acompañando



Madre e hijo no volvieron a hablar del asunto y decidieron dejar que el tiempo diera su veredicto.

Por su parte, el peluquero estaba desesperado por contar lo que había visto. Sin embargo, tenía mucho miedo de que lo encerraran en la cárcel por correveidile.⁸ Además, ya le había tomado cariño al príncipe y no quería desacreditarlo. Pero, ¡ay!, es sabido que la naturaleza tira más que una yunta de bueyes, y a medida que los meses pasaban, el pobre peluquero sentía más y más urgencia por hablar. Entonces se le ocurrió la siguiente idea: cavaría un pozo en la tierra, contaría el secreto ahí y luego lo taparía. “No es como contárselo a otra persona, pero algo es algo”, se dijo. Y sin pensarlo dos veces, hizo un pozo en el bosque y le dijo al agujero:

—¡El príncipe tiene orejas de burro! ¡El príncipe tiene orejas de burro!

Después tapó el hoyo y se fue lo más campante.

Pasaron los meses, y después los años. Los reyes se hicieron viejitos y le dejaron el trono al príncipe, quien, para ese entonces, se había convertido en un hombre hecho y derecho. El reino estaba en todo su esplendor y los habitantes querían mucho al nuevo rey, porque era justo y dadivoso⁹ como sus predecesores, pero mucho más hábil para gobernar.

8 **Correveidile:** chismoso.

9 **Dadivoso:** generoso.

Tocar reg-
rtinos, los
ron a ame
oir tanta bar
mo de cosa
ir toda la
acompañando

Y pasó que en el medio del bosque, en el mismísimo sitio donde el pobre peluquero había escondido su secreto, al cabo de un tiempo creció un eucalipto: un hermoso árbol de ramas vibradoras que silbaban al vaivén del aire cuando se levantaba viento. Y lo extraño fue que, apenas el eucalipto se elevó lo suficiente como para traspasar con su copa a los árboles vecinos, el viento, al mover las ramas, les arrancaba una especie de canto, un murmullo que decía:

—*¡El príncipe tiene orejas de burro! ¡El príncipe tiene orejas de burro!*

Día y noche, cuando se levantaba la brisa más leve o el ventarrón más potente, las ramas decían al aire el secreto de quien, a esa altura, era ya el legítimo rey del país.

El rumor comenzó a rodar por la ciudad. La gente comentaba el asunto de las orejas sin saber de dónde había salido la noticia y todos se preguntaban si sería verdad que el heredero escondía algo debajo de su corona y sus tupidos rulos. La novedad no tardó en llegar a los corredores del palacio y, en un abrir y cerrar de ojos, el nuevo rey se enteró de lo que andaban diciendo por ahí.

Aunque ya era todo un hombre acostumbrado a tomar sus propias decisiones, esta vez se fue derecho a consultarle a su madre qué era lo que correspondía hacer. Porque, en este tipo de cuestiones, confiaba en la reina más que en cualquier otra persona en el mundo.

La reina escuchó con mucha atención lo ocurrido y luego habló:

predicador
atras por o
parece no b
inédulos,
drentarse
Tabla de in

—Tal vez yo me haya equivocado al no contar desde un principio lo de tus orejas. Al fin y al cabo, hijo, has demostrado ser un buen soberano y te has hecho querer y respetar por la gente de este reino. Creo que lo mejor es que hables desde el balcón del palacio y le digas a tu pueblo que es verdad que tus orejas son un poco más largas que lo común. La gente decidirá si quiere que sigas con tu mandato o no.

Y así lo hizo el joven rey. Ordenó que se convocara a todos los habitantes del reino a la plaza principal y, una vez que estuvieron reunidos ahí, se dirigió a ellos con voz clara y fuerte:

—Es verdad lo que han oído: ¡tengo orejas de burro!

Antes de que la gente en la plaza pudiera expresar su asombro, el rey se quitó la corona y les mostró a todos las orejas.

En un primer momento, el pueblo se quedó sin palabras; pero, al ratito, un muchacho se animó a gritar:

—¡Todos queremos al rey, porque es justo y bueno! ¿A quién le importa el largo de sus orejas?

Como era de esperarse, el resto de los ciudadanos que se habían reunido en la plaza principal manifestaron su acuerdo y, en un santiamén, hombres y mujeres, grandes y chicos, vitoreaban al soberano con aplausos y canciones.

Y así fue como ese país, ni tan grande ni tan chiquito, tuvo, durante muchos pero muchos años, un rey con orejas de burro.

Tocar re-
rtinos, los
ron a am-
oir tanta bar-
mo de cosa
ir toda la
acompañando

LAS DIABLURAS DE PEDRITO URDEMALES

¡Qué diablo era Pedrito Urdemales! Un día estaba cocinando un rico guiso en el campo: había puesto la olla sobre un lindo fuego, encendido con maderitas secas, y ya empezaba a hervir el caldo. Justo cuando estaba a punto de destapar la olla para probarlo, oyó que se acercaba un caballo por el camino. Como era muy avisado, reconoció la estirpe¹ del jinete por el ruido del galope, nomás. “¡Epa!” pensó, “ha de ser un caballero”. Y, efectivamente, el que se acercaba era un señor bien montado.

Sin perder un segundo, Pedrito levantó la olla y se la llevó lejos del fuego. Esperó a que el otro estuviera lo suficientemente cerca como para verlo, y con dos palitos que recogió del suelo empezó a tamborilear sobre la tapa.

El hombre, que sin lugar a dudas había sentido ya el rico olorcito del guiso, bajó del caballo y se acercó a Urdemales.

—¿Qué hace, amigo, dándole a la olla como si fuera un tambor? —le preguntó al muchacho, que parecía muy concentrado en su tarea.

—¡Ah! —respondió Pedrito, como si acabara de ver al recién llegado—. Estoy cocinando este rico guiso, caballero.

El hombre miró la olla y vio que debajo de ella no había brasas.

1 **Estirpe:** familia importante.

Se sacó el sombrero, desconcertado, y ahí nomás lo picó el bichito de la curiosidad.

—Pero... sin fuego, ¿cómo hace?

Entonces, Pedrito, que era verdaderamente pícaro y estaba esperando esa pregunta, le contestó:

—Es que esta olla, así como la ve, es una olla mágica.

Los ojos del viajero se abrieron como dos platos.

—¿Mágica, dice?

—Sí —explicó Pedrito—. Es mágica... porque no necesita fuego para cocinar. Basta con que su dueño le repique sobre la tapa para que la comida se haga... ¡Y viera qué ricos guisos le salen!

Al caballero se le hizo agua la boca. Imagínense lo que pensó el pobre: con esa olla, no iba a necesitar madera ni piedra para hacer fogata. Y ni el viento ni la lluvia le iban a impedir comer un buen estofado cuando se le diera la gana.

—Ah, muchacho —dijo, muy ilusionado—, véndame su olla.

—¿Venderla? —le respondió Pedrito, poniendo cara de desconfiado—. ¿Usted está loco? Esta olla vale más de lo que pueda pagarme, señor.

Pero lo cierto es que Urdemales, ni lento ni perezoso, le había echado el ojo a una bolsa tintineante que traía el viajero atada al cinturón.

—Dinero tengo —agregó el hombre en cuanto pudo, con esa suficiencia tan característica del rico.

Entonces, Pedrito Urdemales —que, como ya les dije, era tan pero tan diablo—, le espetó² al viajero:

2 **Espetar:** decirle algo a alguien, causándole molestia o sorpresa.

Tocar re-
rtinos, los
ron a ame
oir tanta bar
no de cosa
ir toda la
acompañando

—Si es así, no le molestará pagarme cinco monedas de oro... Porque eso es, ni más ni menos, lo que vale esta olla mágica.

A esa altura, el pobre hombre estaba muerto de hambre. El humito que salía del guiso llegaba hasta él y se le hacía agua la boca.

—¡Cinco monedas! —exclamó—. ¡Apenas traigo tres! Tómelas, por favor, y quedemos a mano...

¿Creen que Pedrito se negó? ¡Qué iba a negarse, si a él no le había costado nada engañar al caballero! Tomó las tres monedas de oro y, para cubrir el resto, agregó a la cuenta el caballo del hombre. Y se fue nomás por el camino. Eso sí: al galope puro, por si el caballero advertía el tremendo engaño del que había sido víctima.

Pero ¿no les dije que Pedrito Urdemales era muy diablo? Bueno, la de la olla no fue la única trampa que tramó esa vez.

En cuanto llegó al pueblo, fue al mercado y le pidió a un puestero³ que le cambiara una de las monedas de oro por diez moneditas de plata bien relucientes. Enseguida rumbeó otra vez para el lado del camino, por donde cada dos por tres pasaban viajeros y mercaderes.

Eligió un árbol lindo, de ramas bajas —no vayan a creer que Pedrito era un acróbata—, ató cada una de las diez monedas con un hilo y las colgó de las ramas, para que brillaran bien al sol. En eso, pasó un hombre montado a caballo, y se quedó admirado de ver esos frutos resplandecientes.

3 **Puestero:** persona que tiene o atiende un puesto de venta.

—Óigame, muchacho —le dijo a Pedrito, que estaba recostado sobre el tronco—. ¿Qué clase de árbol es este?

—Ah, vaya pregunta —le respondió Urdemales, presuntuoso—. Este que ve aquí es un árbol mágico que, en vez de dar manzanas o limones, da monedas de plata.

El hombre, que por ser forastero⁴ no sabía de la fama de Pedro, se rascó la cabeza y aguzó la vista para deleitarse con las moneditas. Al rato, se animó a preguntar:

—Y dígame, muchacho: ¿de quién es este árbol mágico?

Pedrito trató de disimular su sonrisa y le respondió con su mejor cara de seriedad:

—¡Mío! ¿De quién va a ser? ¿O se ha creído que a mí me divierte estar aquí clavado cuidándolo? Es que ya viene mi primo trayendo una pala puntuda para sacarlo y llevarlo al fondo de mi casa, donde lo voy a plantar.

El hombre volvió a rascarse la cabeza y, en un segundo, imaginó todo lo que podía comprarse si obtenía ese árbol, que en lugar de dar manzanas o limones, daba monedas de plata.

—¿Y usted no querría venderlo? —consultó, sin dejar de mirar las ramas.

Pedrito largó una carcajada tan sonora que se espantaron dos gorriones de la copa.

—¿Venderlo, yo? —dijo entre risas—. ¿Cómo cree que voy a querer vender un árbol que da monedas de plata?

4 **Forastero:** que viene de afuera.

Tocar reg-
rtinos, los
ron a ame
oir tanta bar
no de cosa
ir toda la
acompañando



—Pero mire que tengo mucho dinero aquí conmigo para pagarle —lo tentó el forastero, que al parecer iba camino al pueblo a comprar hacienda.⁵

—¿Y cuánto me daría por el árbol? —quiso saber Pedrito.

—Le daría diez pesos de oro, que es muchísimo dinero.

Otra vez Urdemales se rio con ganas:

—¡Por diez pesos no le vendo ni una rama! En un mes recogerá el doble de esa suma, y sin ningún esfuerzo.

—Veinte, entonces —gritó enfervorizado el hombre.

Pedrito movió la cabeza como si pensara y le respondió:

—Pague treinta, pues, y hacemos negocio.

¡Cuánto pedía Urdemales por ese árbol común y corriente que, lejos de dar monedas de plata, no daba ni una nuez agusanada!

Pero la codicia del forastero fue más fuerte que cualquier exageración y, sin pensarlo dos veces, cerró trato con Pedrito dándole en mano treinta monedas de oro. Y no solo eso, sino que también —porque este muchacho era tan pero tan diablo— le prestó el caballo, para que fuera a buscar a su primo y le avisara que el señor que estaba parado junto al árbol mágico era el nuevo dueño.

Por supuesto que Pedrito no tenía primo. En cuanto montó al caballo del forastero, se requintó⁶ el ala del sombrero como para saludarlo y se fue al galope, derecho hacia otro pueblo, a derrochar a gusto sus monedas de oro.

5 **Hacienda:** conjunto de ganados de un dueño o de una finca.

6 **Requintar:** doblar hacia arriba el ala del sombrero.

Tocar reg-
rtinos, los
ron a ame
oir tanta bar
mo de cosa
ir toda la
acompañando

PEDRITO URDEMALES Y LAS APUESTAS CON EL GIGANTE

¡**Q**ué diablo era Pedrito Urdemales! Una noche, cansado de sus correrías por el monte, se metió en una cueva para protegerse del relente,¹ y ahí nomás se quedó dormido. Cuando se despertó, a la mañana siguiente, tuvo que restregarse los ojos con fuerza para dar crédito a lo que estaba viendo: junto a él, con cara de pocos amigos, había un gigante corpulento y feo como un susto a medianoche.

Al parecer, la fama de Pedrito había corrido como reguero de pólvora por todo el monte. El voluminoso dueño de casa lo escrutó² de arriba abajo y le preguntó:

—¿Vos no sos Pedrito Urdemales, ese que dicen que es muy diablo?

Pedrito carraspeó para aclararse la voz y respondió:

—Sí, así me llamo... Pero no vaya a creer que soy tan diablo... Un poquito, nomás... Usted mismo podría ganarme en viveza, sin ir más lejos.

—¡Ah! —siguió hablando el gigante—. Entonces, yo voy a probarte, porque me han llegado noticias de tus pillerías y en

1 **Relente:** humedad que hay en el aire durante la noche.

2 **Escrutar:** examinar detenidamente.

verdad no creo que seas tan zorro,³ porque sos demasiado chango, pues.

—Puede ser, señor. Ya conoce el refrán: “Hazte fama y échate a dormir” —agregó Pedrito, con su mejor cara de inocentón.

El gigante, medio envalentonado, continuó desarrollando su idea:

—Quiero que seas mi huésped durante cinco días. Vivirás conmigo aquí, en la cueva y, cada uno de esos días, vos y yo vamos a hacer una apuesta. El que pierda tendrá que pagarle al ganador de la prueba mil pesos por cada reto... ¿Tenés plata, vos?

—Tengo, sí —respondió Pedrito que, efectivamente, después del asunto del árbol de las monedas, andaba con los bolsillos llenos.

—Entonces, mañana empezamos con el primer desafío: a ver quién tira la piedra más lejos.

Pedrito asintió con la cabeza, aunque le advirtió al dueño de casa:

—¡Pero mire que soy un tirador imbatible, eh!

—¡Claro! —vociferó el gigante, muerto de risa de solo pensar que ese muchachito enclenque⁴ se creyera capaz de ganarle.

Al otro día, Pedrito Urdemales se despertó casi con el cantar del gallo y enfiló derecho para el monte. Con unas ramas secas improvisó una trampa y cazó un gorrioncito gris. Se lo guardó en el bolsillo y fue a despertar al gigante:

3 **Zorro:** aquí, muy astuto.

4 **Enclenque:** débil.

Tocar reg-
rtinos, los
aron a ame
oir tanta bar
no de cosa
ir toda la
acompañando

—¡No sea dormilón, amigo, que tenemos que resolver la prueba! —le dijo.

—Yo voy primero —aclaró el gigante—, porque soy el más viejo y el más grande.

Salió de la cueva, levantó una enorme piedra del suelo y la tiró hacia arriba. Tan pero tan alto fue la piedra, y tan lejos, que a los contrincantes les resultó difícil verla caer. Sin embargo, aguzando la vista, distinguieron dónde se había desplomado.

—¡Vaya! —gritó Urdemales—. Me va a ser difícil superarlo, amigo gigantazo.

Acto seguido, se agachó como para tomar una piedra del suelo, y sin que el otro se diera cuenta, sacó del bolsillo el pajarito, que a esa altura estaba desesperado por escapar. Claro, al tirarlo hacia arriba, el gorrión salió volando a toda velocidad y se perdió en las alturas.

—¡Cosa de no creer! —exclamó el gigante—. Esa piedra ha de aterrizar en la luna, pues.

—¿Ha visto que soy buen tirador? —dijo Pedrito, que era un tremendo pagado de sí mismo.⁵

Y el gigante, sin que mediara otra palabra, le dio a Urdemales los mil pesos que se había ganado por vencerlo en la primera apuesta.

Esa misma tarde, el dueño de casa guió a Pedrito hasta una cantera llena de piedras enormes y lustrosas.

—Aquí realizaremos la segunda prueba, muchacho —anunció.

5 **Pagado de sí mismo:** engreído.

predicador
atras por o
parece no b
incentivos,
drentarse
Tabla de in

—¿Y a qué vamos a apostar? —preguntó Urdemales, haciéndose el pobrecito.

—Vamos a ver quién de los dos puede reducir a polvo una de estas piedras, apretándola con sus manos...

—Ah, ¡difícil la pone, señor! —repuso Pedrito, fingiendo cara de preocupación. Y como la competición era al otro día, le pidió permiso al gigante para ir al pueblo, ya que tenía unos asuntos que arreglar.

Hacia allá marchó el tramposo de Pedrito Urdemales, directo a una proveeduría,⁶ donde compró unos quesillos⁷ muy ricos. Y se los llevó guardados en el bolsillo de vuelta a la cueva.

Al otro día, bien temprano, los contrincantes se dirigieron a la cantera, dispuestos a cumplir la apuesta. El gigante, otra vez, por ser el más grande y el más viejo, fue el primero. Eligió una enorme piedra blanca, la tomó con una sola mano y la apretó con tanta fuerza, que la convirtió en polvo.

—¡Vaya, señor! —se admiró Pedrito—. Usted es muy fuerte... Casi, casi tanto como yo...

El gigante fue incapaz de contener una carcajada. ¡Cómo era posible que ese alfeñique⁸ se considerase más fuerte que él!

Pedrito se agachó, y al gigante le pareció ver que agarraba una piedra mediana, lo suficientemente pesada para un hombre de tamaño común y corriente. Pero, en realidad, el bribón de

6 **Proveduría:** almacén.

7 **Quesillo:** un tipo de queso blando.

8 **Alfeñique:** persona de contextura delicada.

Tocar regu-
rtinos, los
ron a ame
oir tanta bar
mo de cosa
ir toda la
acompañando



Pedrito había metido la mano en el bolsillo y ya tenía uno de los quesillos que había comprado el día anterior en el pueblo.

Grande fue la sorpresa del gigante cuando vio que del puño de su contrincante no salía polvo, sino ¡líquido! Pedrito había apretado tan fuerte el quesillo, que le había exprimido el suero.⁹ Eso sí: el gigante pensaba que ese queso era una piedra.

—¡Pero, muchacho —exclamó—, me has vuelto a ganar! Yo convertí mi piedra en polvo, pero vos fuiste capaz de sacarle agua de adentro... ¡Tomá tus mil pesos, pues, que los ganaste en buena ley!

Y el gigante le dio a Pedrito el dinero prometido.

Después le dijo:

—Mañana vamos a ver cuál de nosotros dos hace el agujero más profundo en la tierra de un solo golpe.

—De acuerdo, señor —respondió Pedrito.

Y se quedó pensando en qué trampa podía tenderle esta vez a su rival.

Claro, mucho no tardó Urdemales en imaginar una treta. Esa misma tarde, se fue con una pala al monte y excavó un pozo muy hondo... Tan hondo era, que él mismo cabía adentro. Después, lo tapó con una piedra que calzaba justito en la boca del pozo.

A la mañana siguiente, como venían haciendo los últimos días, los dos contrincantes se despertaron bien temprano y fueron al monte. Para no perder la costumbre, el gigante tomó el primer lugar para realizar la prueba. Levantó su descomunal

9 **Suero:** parte que permanece líquida al coagularse la leche.

Tocar re-
rtinos, los
ron a ame
oir tanta bar
no de cosa
ir toda la
acompañando

brazo unos cuantos metros y lo descargó con tal furia sobre la tierra, que esta se abrió como un cráter bajo sus nudillos. El gigante pudo meter la mano completa en el pozo que había hecho con su golpe.

—¡Ha estado bien, señor! —se hizo el asombrado Pedrito—. Pero quizás yo pueda hacer un hoyo más profundo...

A esta altura, el gigante no se sorprendía de nada, porque de verdad este muchacho era diablo como él solo. Vio que Pedrito se acercaba a un punto del terreno donde había una piedra y levantaba su brazo flaco de manera amenazante. Entonces, el muchacho disparó un golpe que hizo un agujero impresionante en la tierra, tan pero tan profundo, que el mismo Pedrito cabía en él.

—¡Malhaya¹⁰ el mequetrefe!¹¹ —gruñó el gigante—. No sé cómo lo hiciste, chango, pero me has ganado de nuevo.

Pedrito sonrió con fingida timidez, y embolsó en el instante los mil pesos que le daba el gigante.

Quedaban solamente dos días para concluir el trato y, por consiguiente, también la estadía de Pedrito Urdemales en la cueva del gigante estaba por acabarse.

A la mañana siguiente, el gigante despertó a Pedrito y le dijo:

—Vamos a ir hasta el bosque, y el que más troncos pueda cargar sobre la espalda será el que gane la cuarta apuesta.

A Pedrito, la proposición de su rival lo tomó por sorpresa;

10 **Malhaya:** exclamación mediante la cual se le desea un daño a alguien; en este caso, manifiesta simplemente sorpresa y admiración.

11 **Mequetrefe:** hombre entremetido, bullicioso y de poco provecho.

predicador
átivas por o
parece no b
incentivos,
drentarse
tárola de in

pero, lejos de amilanarse,¹² siguió al gigante por un sendero que los condujo al corazón de una densa arboleda. Ahí lo vio llevar a cabo el hercúleo¹³ acto de cargar sobre el lomo más de cien troncos anchos como columnas.

—¿Y ahora? ¿Cómo vas a superarme? —le preguntó el gigante con jactancia, porque no podía cruzársele por la cabeza la idea de que Pedrito fuera capaz de vencerlo en esas circunstancias.

Entonces vio que el muchacho iba a buscar unas sogas largas y resistentes y las pasaba alrededor de los árboles del bosque, atándolos unos con otros.

—¿Qué estás haciendo, chango, si es que se puede saber? —preguntó.

—Pues claro, señor —respondió Pedrito—. Estoy atando todos estos árboles porque me los pienso llevar a mi querencia. Es tan seca la zona, que no nos nacen ni arbustos, pues. ¡No se imagina lo bien que nos van a venir estos arbolitos!

El gigante se alarmó:

—¡No podés llevártelos, malandra! ¡Este es mi bosque! ¿Qué voy a hacer yo con un terreno pelado?

El diablo de Pedrito se rascó la cabeza.

—No es mi problema, señor. Apuestas son apuestas —murmuró.

—¡No podés hacer eso! —gritó el gigante, enfurecido. Pero al rato se calmó y habló con voz más serena—: Mirá, chango,

12 **Amilanarse**: acobardarse, desalentarse.

13 **Hercúleo**: perteneciente o relativo a Hércules (Heracles en griego), héroe mitológico famoso por su fortaleza.

Tocar reg-
rtinos, los
ron a ame
oir tanta bar
mo de cosa
ir toda la
acompañando

te doy por ganada la prueba... No vaya a ser que me dejes sin árboles. Soltá las cuerdas, te digo, y aquí tenés tus mil pesos.

“Papita p’al loro”, pensó el pícaro de Pedrito. Y rumbeó para la cueva contando sus monedas.

Al día siguiente era la última apuesta. El gigante despertó a Pedrito, que dormía tranquilamente, y le dijo:

—Vamos al descampado.

Hacia allí se dirigieron los dos, el gigante con sus piernas larguísimas y Urdemales con sus piernitas flacas. Llegaron a un claro muy amplio —tanto que no se veía dónde terminaba—, y el gigante le mostró a su rival dos lanzas puntiagudas que estaban en el suelo.

—Cada uno va a arrojar su lanza, y el que la arroje más lejos será quien gane la última apuesta. ¿Qué te parece? —consultó el gigante.

—Como parecerme, me parece bien —respondió el otro—, pero le advierto que soy buen lancero.

—Sí, me imagino —respondió el gigante, desconfiando. Y ahí nomás levantó su lanza y la tiró tan pero tan lejos que no se vio dónde caía.

—¡Epa! —protestó Pedrito—. Ha tirado esa lanza a gran distancia... Se me va a hacer cuesta arriba la apuesta, señor; pero yo voy a tirar mi pica¹⁴ más lejos todavía.

—¿Ah, sí? —lo desafió el gigante—. Mostrame qué tan lejos, chango, que yo de aquí veo hasta el pueblo.

14 **Pica:** lanza larga.

—Está bien —agregó Urdemales—. Pero antes tengo una duda que quisiera aclarar: ¿dónde vive su madre, señor?

—¿Mi madre? ¡Ay, muchacho! Ella vive muy lejos, en otro país... Mi madre vive en Francia.

Pedrito levantó la lanza del suelo y siguió:

—¿Así que en Francia, eh? ¿Y eso queda muy pero muy lejos?

—¡Lejísimos! —respondió el gigante.

—Pues, vea, para que sepa lo lejos que puedo tirar esta lanza, voy a arrojarla para el lado de Francia. Es más: la voy a apuntar directamente a la casa de su madre, para que no le queden dudas de si ha llegado o no a destino —agregó Urdemales, muy serio.

El gigante lo miró descreído, pero la idea le dio un poco de susto. Para colmo, mientras Pedrito balanceaba la lanza para arrojarla, cantaba una especie de cancioncita que decía más o menos así:

*Lanza, lanza, linda lanza,
andá volando hasta Francia,
y pinchá a la giganta
en el medio de la panza.*

Al oír estos versos, el gigante se alarmó muchísimo: caía de maduro que Pedrito Urdemales era ruin y podía hacer cualquier cosa con tal de ganar. Pensó en su madre y en un santiamén detuvo el lanzazo que estaba a punto de arrojar su contrincante.

—Está bien —le dijo—. Está bien, muchacho: ganaste la apuesta. No tires la lanza, haceme el favor.

tocar re-
rtinos, los
aron a ame
oir tanta bar
mo de cosa
ir toda la
acompañando

Acto seguido, el gigante le pagó a Pedrito los mil pesos que le debía por ganar la última prueba.

Y así fue como Pedrito le demostró a su rival que sí era tan zorro como decían por ahí, y que la voz no se había corrido en vano.

Se llevó sus cinco mil pesos muy orondo, para gastarlos a gusto, y lo dejó seco al gigante, que pensaba mientras lo veía alejarse: “¡Vea que era diablo en serio este Pedrito Urdemales!”.



(Sobre terreno conocido)

Comprobación de lectura

Los socios sembradores

Completen el acróstico usando las palabras que faltan en las oraciones.

- 1) _ _ P _
- 2) _ _ A _
- 3) _ R _ _ _
- 4) _ _ _ C _ _ _
- 5) _ _ E _ _ _
- 6) _ _ L _ _ _
- 7) _ _ _ I _ _
- 8) _ T _ _ _ _
- 9) _ A _ _

- 1) La primera vez, el quirquincho sembró _ _ _ _.
- 2) El zorro se llama _ _ _ _.
- 3) La segunda vez, el quirquincho sembró _ _ _ _ _.
- 4) La tercera vez, el quirquincho se quedó con los _ _ _ _ _.
- 5) La parte comestible de la papa crece debajo de la _ _ _ _ _.
- 6) En algunas partes, al quirquincho se lo denomina _ _ _ _ _.
- 7) El zorro le propuso al quirquincho que se hicieran _ _ _ _ _.
- 8) El quirquincho se llama _ _ _ _ _.
- 9) La tercera vez, el quirquincho sembró _ _ _ _.

Los animales viajeros

Lean las acciones de la lista y luego numérenlas del 1 al 11 según el orden que tienen en el cuento.

- El gallo se asomó a la ventana y vio que no había gente y que la mesa estaba servida.
- Los bandoleros creen que la policía les tendió una trampa y huyen de la casa.
- El gallo, el burro y el gato se quedaron a vivir en la casa.
- Los bandoleros entraron en la casa.
- El gallo, el burro y el gato están cansados de los malos tratos que sufren en la chacra.
- Al anoecer del día siguiente, los animales llegaron a una casa.
- Los animales comieron hasta quedar satisfechos y se quedaron charlando alrededor de la mesa.
- Los animales apagaron la luz y esperaron quietos en la sala.
- Una tarde, los animales se reunieron en el patio trasero de la chacra y se escaparon.
- En la oscuridad, los animales hicieron mucho ruido y atacaron a los bandoleros.
- Los animales escucharon que los bandoleros volvían a la casa montados en sus caballos.

La fiesta en el cielo

En la carpeta, completen la secuencia de acciones agregando la información que falta en cada caso.

- A todas las aves les llegó...
- Se estaba organizando...
- El cóndor prometió que...
- El rococo estaba escuchando la conversación y dijo...
- Al oír lo que decía el rococo, las aves...
- Por fin, el cóndor dijo que...

- Cuando llegó el día de la boda, el rococo se metió en...
- Cuando el cóndor empezó a tocar la chacarera, el rococo...
- Cuando el rococo se puso a cantar, las aves...
- Las aves formaron un círculo alrededor del rococo y...
- El rococo cayó en...
- Las manchas que tiene el rococo en el lomo son...

Cuando el zorro hace de juez

Coloquen la V de verdadero o la F de falso al lado de las siguientes afirmaciones.

- a) Isidro Costa es hachero.
- b) El tigre pide ayuda porque se está ahogando.
- c) Isidro quería derribar un ciprés.
- d) El primer animal al que le piden que sea juez es un caballo.
- e) El segundo animal al que le piden que sea juez es el zorro.
- f) Al zorro siempre lo llamaban por pleitos complicados.
- g) El zorro le pide al tigre que vuelva a meter la pata en el agujero del mistol.
- h) El zorro piensa que el tigre tiene derecho a comerse al hombre.
- i) Una vez que el zorro dio su veredicto, Isidro golpeó al tigre con el mango del hacha.

Las carreras del suri

Marquen con una cruz la opción correcta.

- 1 El suri es...
 - a) lento.
 - b) atolondrado.
 - c) respetuoso.
- 2 La carrera del sapo y el suri se hace sobre un terreno...
 - a) rocoso.
 - b) cubierto de hierbas.
 - c) arenoso.

- 3 A Zoilo lo ayudan a ganar la carrera...
- a) sus hermanos.
 - b) sus vecinos.
 - c) sus primos.
- 4 La garrapata...
- a) se burla del suri.
 - b) se compadece del suri.
 - c) se enoja con el suri.
- 5 La señal de largada la da...
- a) el jilguero.
 - b) la vizcacha.
 - c) el quirquincho.
- 6 Después de perder las carreras con el sapo y con la garrapata, el suri se volvió...
- a) más antipático.
 - b) más atolondrado.
 - c) más respetuoso.

La princesa que rompía cada noche siete pares de zapatos

En esta sopa de letras se ocultan diez palabras que aparecen en el cuento. Una vez que las hayan encontrado, úsenlas para completar las oraciones.

S	P	B	N	Z	O	V	I	N	O
G	A	L	L	O	E	S	A	R	I
J	I	A	Z	C	M	A	C	Y	L
C	L	N	N	H	F	O	H	D	F
B	I	C	S	I	E	T	E	U	O
O	B	O	S	V	B	F	P	O	S
S	U	D	H	O	R	M	I	G	A
Q	F	X	T	S	Y	I	N	S	R
U	C	A	S	T	I	L	L	O	M
E	A	P	A	Ñ	U	E	L	O	A

- 1) Todas las tardes, a Mateo le parecía ver las torres espejadas del _____ del rey Filomeno.
- 2) Mateo se dedicaba a cuidar los _____ de su tío.
- 3) La mujer le da un _____ a Mateo.
- 4) El castillo de Filomeno está rodeado por una _____.
- 5) La princesa le ofrece a Mateo una copa de _____.
- 6) Mateo entra en la habitación de la princesa luego de convertirse en _____.
- 7) La princesa se transforma en un pájaro de plumaje _____.
- 8) Con el apuro, a la princesa se le cae un _____ y Mateo lo levanta.
- 9) La princesa rompe _____ pares de zapatos todas las noches.
- 10) Todas las noches, la princesa baila en un claro del _____.

¡El príncipe tiene orejas de burro!

Solamente tres de las siguientes aseveraciones aparecen en el relato.

Márquenlas con una cruz.

- a) La reina le dijo a la partera que, con el tiempo, el tamaño de las orejas de su hijito se iba a corregir.
- b) Cuando el rey se enteró de que su hijo tenía orejas de burro, lo ocultó en una torre.
- c) La reina tenía muchos hijos.
- d) La reina se ocupaba de cortar el pelo a su hijo para que nadie descubriera sus orejas largas.
- e) El peluquero que le cortó el pelo al príncipe por primera vez contó inmediatamente a todo el pueblo lo que había visto.
- f) El viaje de los reyes duró una semana.
- g) La reina afirma que los peluqueros tienen fama de saber guardar los secretos.
- h) El príncipe se ocupó muy bien de los asuntos del reino mientras sus padres estuvieron ausentes.
- i) En el lugar donde el peluquero había cavado el pozo creció un sauce.

Las diabluras de Pedrito Urdemales

En la carpeta, respondan a las siguientes preguntas.

- 1 ¿Por qué Pedrito saca la olla del fuego al escuchar que se acerca un caballero?
- 2 ¿Por qué al caballero le interesa comprar la olla?
- 3 ¿Cuántas monedas de oro pide Pedrito por la olla?
- 4 ¿Cuántas monedas termina dándole el caballero? ¿Cómo cubre la diferencia?
- 5 ¿Qué hizo Pedrito cuando llegó al pueblo?
- 6 ¿En qué consiste el segundo engaño de Pedrito?
- 7 ¿Cómo aprovecha Pedrito la codicia del forastero?
- 8 ¿Cuánto ofrece inicialmente el forastero para comprar el árbol?
- 9 ¿Cuánto termina cobrándole Pedrito?
- 10 ¿Cómo logra que el forastero le dé el caballo?

Pedrito Urdemales y las apuestas con el gigante

Relacionen los elementos de las dos columnas según lo que sucede en el cuento. Tengan en cuenta que, en la columna de la derecha, aparecen dos pruebas que no se mencionan en el relato.

Primera prueba

Cargar troncos.

Segunda prueba

Hacer un agujero en la tierra con el puño.

Tercera prueba

Saltar hasta la luna.

Cuarta prueba

Romper una piedra con la mano.

Quinta prueba

Arrojar una lanza.

Tirar una piedra lejos.

Vaciar el lago.

Actividades de comprensión y análisis

Los socios sembradores

- 1 En este cuento, el quirquincho siembra en la parcela del zorro: papa, trigo y maíz.
 - a) Busquen documentación en enciclopedias y dibujen estas tres plantas en la carpeta.
 - b) Señalen, en cada planta, cuál es la parte comestible.
 - c) Averigüen en sus casas recetas de comidas que se preparen con cada uno de estos tres vegetales. Copien las recetas en la carpeta y llévenlas a clase para compartirlas con los compañeros.

- 2 En los cuentos folclóricos, el zorro suele tener fama de astuto y es famoso por burlarse de los demás animales sacando provecho de ellos. Comenten entre todos:
 - a) ¿En qué partes del cuento se percibe que el zorro confía en su propia viveza?
 - b) ¿Qué idea tiene el zorro sobre el quirquincho al comienzo de la historia?
 - c) ¿Qué se demuestra al final? ¿Cuál de los dos animales resultó más vivo?
 - d) ¿Les parece que el cuento deja algún tipo de enseñanza? ¿Cómo la expresarían con sus propias palabras?

Los animales viajeros

- 1 El texto que leyeron es una **narración**. En las narraciones, se relatan las **acciones** realizadas por unos **personajes**; esas acciones se ubican en un **lugar** y en un **tiempo** determinados.
 - a) ¿Cuáles son los personajes de este cuento?
 - b) ¿En qué lugares transcurren las acciones?
 - c) ¿Cuánto tiempo abarcan, aproximadamente, los hechos que se narran?

- 2 Este cuento está emparentado con “Los músicos de Bremen”, uno de los relatos que los hermanos Grimm recopilaron en sus recorridos por la campiña alemana. Esta semejanza se debe a que los cuentos folclóricos se transmiten por tradición oral y, de ese modo, viajan de un lugar a otro.

En la biblioteca o en Internet, busquen el relato de los hermanos Grimm. Luego de leerlo, anoten por lo menos tres semejanzas entre ese cuento y “Los animales viajeros”. Pueden consultar la siguiente versión:

<http://www.7calderosmagicos.com.ar/Druida/Cuentos/Clasicos/Musicbremen.htm>



Escultura en homenaje a los animales del cuento de los hermanos Grimm, en la ciudad alemana de Bremen.

La fiesta en el cielo

- 1 El protagonista de este relato es el rococo, un sapo grande, bocón y cantor.



El sapo rococo.

Dicen que el rococo es el inventor de la chacarera.

- a) Con ayuda del docente, busquen información sobre esta clase de sapo y anoten en la carpeta todos los datos que consideren importantes.
 - b) Busquen, asimismo, información sobre la chacarera y escriban cuáles son las características de este tipo de música.
 - c) Con la información que consiguieron sobre el rococo y la chacarera, traten de explicar brevemente por qué les parece que se los relaciona (tengan en cuenta el lugar de donde son originarios y la forma en que canta este sapo).
- 2 Usen las siguientes sílabas para formar los nombres de nueve aves que aparecen en el cuento.
- CAR - CHI - CI - CÓN - CRIS - DE - DOR - GA - GO - GO - GUE - GÜE - HOR - JIL - LLA - MAN - NAL - NE - ÑA - PÍN - RE - RRIÓN - RO - RO - TA
- a) Organícense en nueve grupos y distribúyanse las aves de la lista.
 - b) Cada grupo deberá confeccionar una lámina con el pájaro que le tocó. En la lámina, procuren colocar la siguiente información.
 - ¿Cuáles son las dimensiones del animal?
 - ¿De qué color es su plumaje?
 - ¿En qué zona vive?
 - ¿De qué se alimenta?
 - ¿Cómo es su nido?
 - ¿Cómo es su canto?
 - c) Completen la lámina haciendo un dibujo del pájaro que describen.

Cuando el zorro hace de juez

- 1 Analicen el cuento teniendo en cuenta los siguientes aspectos.
 - a) ¿Cuáles son los personajes?
 - b) ¿En qué lugares transcurren las acciones?
 - c) ¿Cuánto tiempo abarcan, aproximadamente, los hechos que se narran?
- 2 Relean el cuento, prestando atención especialmente a las características de los distintos **personajes**. Luego, respondan a las siguientes preguntas.

- a) ¿El caballo y la vaca no quieren al hombre? ¿Por qué?
- b) ¿Qué similitud pueden señalar entre estos animales y los que protagonizan el cuento “Los animales viajeros”?
- c) ¿Les parece que el tigre se deja llevar por sus instintos? ¿En qué parte del relato se percibe eso con más claridad?
- d) En los cuentos folclóricos, el zorro tiene fama de astuto. ¿Qué características de este animal lo demuestran en este cuento?
- e) ¿En qué se diferencia la figura del zorro que aparece en este cuento con la del que encontramos en “Los socios sembradores”?
- f) ¿Isidro Costa aprovecha la ocasión, luego del juicio del zorro, para castigar al tigre? ¿Por qué les parece a ustedes que reacciona así?

Las carreras del suri

- 1 El suri, ese pájaro de patas largas y ojos saltones, habita grandes extensiones del territorio argentino. Según qué zona habite, se lo llama de diferentes formas.
 - a) Averigüen qué otros nombres se le dan al suri y anótenlos en la carpeta.
 - b) Una vez que hayan encontrado todos los nombres del suri, seguramente uno de ellos les resultará más familiar. ¿Cuál es?
 - c) Consulten libros sobre la fauna argentina y, en un mapa del país, coloreen las provincias donde es posible encontrar esta ave.
 - d) Con la información que recopilaron, escriban un informe breve en la carpeta. Peguen el mapa que colorearon y, si quieren, dibujen un suri (recuerden que tiene las patas muy largas y los ojos grandes como dos platos).

- 2 ¿Cuál de las siguientes afirmaciones les parece que sintetiza mejor la enseñanza de este cuento? (Puede haber más de una opción correcta; lo importante es que justifiquen por qué eligieron la que les parece más adecuada.)
 - *La unión hace la fuerza.*
 - *Conviene hacer las cosas sin apurarse.*
 - *No está bien burlarse de los más pequeños.*
 - *Más vale maña que fuerza.*

La princesa que rompía cada noche siete pares de zapatos

- 1 Las **acciones de una narración** se estructuran en tres momentos principales: la **situación inicial**, en la que se presenta a los personajes, el lugar y el momento en que sucede la historia; el **conflicto** o **nudo**, momento en el cual se plantea y se desarrolla un problema; y el **desenlace**, que es la parte del relato en la que se resuelve el conflicto.
- a) Marquen en el cuento las tres partes que conforman su estructura.
 - b) Realicen una propuesta para subdividir el conflicto o nudo en distintos momentos.

- 2 En los siguientes pares de antónimos, subrayen los adjetivos que sirven para caracterizar a Mateo, el protagonista de este cuento.

anciano / joven

lindo / feo

cobarde / valiente

pobre / rico

trabajador / haragán

simpático / antipático

afortunado / desdichado

¡El príncipe tiene orejas de burro!

- 1 En los cuentos, los personajes realizan acciones en un **tiempo** y en un **lugar** que pueden estar indicados con precisión o simplemente sugeridos a través de indicios.

Respondan a las siguientes preguntas:

- a) ¿“Había una vez...” indica que los hechos ocurren en la actualidad, o se trata de sucesos que pasaron hace mucho tiempo?
 - b) ¿En qué lugares transcurren las acciones del cuento? ¿Les parece que están mencionados con precisión o sugeridos a través de indicios? Justifiquen con citas tomadas del texto.
- 2 Relean el relato y comenten entre todos.
- a) ¿Cómo hizo el peluquero para guardar el secreto?
 - b) ¿Por qué el secreto terminó conociéndose, de todos modos?
 - c) ¿Les parece que la conclusión del cuento es que las personas deben ser juzgadas por su apariencia?

Las diabluras de Pedrito Urdemales

- 1 Este cuento se divide en dos episodios claramente diferenciados. Si los leen con atención, advertirán varias semejanzas entre ambos. En la carpeta, completen un cuadro como este, para comparar las dos partes del cuento.

	Episodio 1	Episodio 2
¿Quién es el engañador?		
¿Qué objeto usa para engañar?		
¿Qué dice acerca de ese objeto?		
¿Quién es el engañado?		
¿Cuánto dinero se cobra por el objeto?		

- 2 Subrayen el significado que corresponde a cada una de estas palabras que aparecen en el cuento.

diablura *hechizo / travesura / maldad*

avisado *despierto / picado / cansado*

pícaro *astuto / malvado / dañino*

suficiencia *capacidad / presunción / cantidad*

codicia *custodia / desprecio / deseo*

Pedrito Urdemales y las apuestas con el gigante

- 1 En la biblioteca o en Internet, busquen el relato de los hermanos Grimm llamado “El Sastrecillo Valiente”. Luego de leerlo, anoten por lo menos tres semejanzas entre ese cuento y “Pedrito Urdemales y las apuestas con el gigante”. Pueden consultar la versión que aparece en *Cuentos inolvidables*, en esta misma colección.
- 2 Averigüen en sus casas otras historias protagonizadas por pícaros como Pedrito Urdemales. Traten de memorizarlas para contarlas a sus compañeros.

Actividades de producción

1 **Enciclopedia de animales de la Argentina.** En pequeños grupos, armen una enciclopedia con datos acerca de los animales que aparecen en los cuentos que leyeron. Dedicuen cada hoja a un animal diferente y consignen los siguientes datos:

- ¿Cómo es su aspecto?
- ¿Cuáles son sus hábitos?
- ¿De qué se alimenta?
- ¿Qué cuidados reciben las crías?
- ¿Cuáles son los riesgos que corre?

Ilustren con fotos o dibujos.

2 **Teatro.** Escriban el cuento “La fiesta en el cielo” en forma de obra de teatro. Recuerden que el texto de la obra consta de los diálogos entre los personajes y las acotaciones escénicas (que van entre paréntesis y sirven para indicar los desplazamientos, las formas de entonación, los gestos y los movimientos). Por ejemplo:

CARDENAL. —¡Qué lindo! ¡Una fiesta de casamiento! (*Con gesto de preocupación.*) ¿Qué llevo de regalo?

Una vez que hayan escrito la obra, traten de representarla. Para eso, van a tener que preparar el vestuario, armar la escenografía y decidir quién interpretará a cada uno de los personajes. También pueden usar efectos sonoros, música y trucos de iluminación.

3 **Punto de vista.** El narrador puede posicionarse en diferentes lugares para contar su historia: por ejemplo, puede seguir la mirada de distintos personajes para referir los hechos, es decir, puede adoptar diferentes puntos de vista. Elijan una de las siguientes opciones:

- a) Escriban la historia de “Cuando el zorro hace de juez” desde el punto de vista del tigre.
- b) Escriban los sucesos de “La princesa que rompía cada noche siete pares de zapatos” desde el punto de vista de la princesa.

- 4 **Cuento.** Observen la siguiente reproducción de un cuadro del artista argentino Florencio Molina Campos (1891-1959). Imaginen una historia que pueda ser ilustrada con esta imagen. Una vez que hayan pensado la historia, escríbanla en forma de cuento.



La fogata de San Juan (1940, *témpera sobre papel, 35 x 50 cm*).

- 5 **La música y el relato.** En el cuento “La fiesta en el cielo”, el sapo roco comienza a entonar una chacarera que se llama *Juan del monte* y habla, justamente, del zorro, un personaje que aparece en algunos de nuestros relatos folclóricos. Esta chacarera tiene música y letra de Gustavo Leguizamón, un famoso compositor salteño conocido popularmente como “el Cuchi”. Las primeras dos estrofas dicen así:

*Chacarera amanecida,
esa que canta el zorrino,
el que roba las gallinas
y que se queda solito.*

*Yendo hambriao en los caminos,
no le da nadie comida.
Anda solo por los montes
meta pelearle a la vida.*



Gustavo “Cuchi” Leguizamón
(1917-2000).

- Busquen información sobre Gustavo “Cuchi” Leguizamón y anótenla en la carpeta.
- Traten de escribir otra estrofa de esta chacarera, con los datos que conocen acerca del personaje de Juan el Zorro.
- Con la ayuda del docente de música, preparen una antología de canciones del folclore de la Argentina y traten de establecer relaciones con los cuentos que leyeron.

Recomendaciones para leer y para ver

Si les gustan los cuentos y las leyendas de nuestro pueblo, pueden leer:

- Artigas de Sierra, Ione (coordinadora). *Cuentos, mitos y leyendas para niños de América Latina*. Buenos Aires, CERLALC, 1998.
- Bossi, Elena. *Seres mágicos que habitan en la Argentina*. Salta, Mirol, 1995.
- Clemente, Horacio. *Andanzas de Juan el Zorro*. Buenos Aires, Gramón/Colihue, 1999.
- Dávalos, Juan Carlos. *Cuentos y relatos del Norte argentino*. Buenos Aires, Espasa Calpe, 1997.
- Devetach, Laura. *Cuentos del Pai Luchí*. Buenos Aires, Sudamericana, 2001.
- Ferro, Beatriz. *Hechos prodigiosos*. Buenos Aires, La Página, 2000.
- Martínez, Paulina y otros autores. *Leyendas argentinas*. Buenos Aires, Sigmar, 2007.
- Montes, Graciela. *Cuentos del sapo*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1986.
- Montes, Graciela. *Cuentos de maravillas*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1993.
- Repún, Graciela. *Leyendas argentinas*. Buenos Aires, Norma, 2001.
- Roldán, Gustavo. *Cuentos de Pedro Urdemales*. Buenos Aires, Sudamericana, 2000.
- Roldán, Gustavo. *Cuentos con pájaros*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1993.
- Roldán, Gustavo. *Cuentos del zorro*. Buenos Aires, Sudamericana, 1999.
- Roldán, Gustavo. *Animal de patas largas*. Buenos Aires, Sudamericana, 2000.
- Roldán, Laura. *Cuentos del noroeste*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1992.
- Roldán, Laura. *Cuentos del litoral*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1993.
- Romana, Cecilia (versiones). *Fue acá y hace mucho. Antología de leyendas y creencias argentinas*. Buenos Aires, Kapelusz, 2009.
- Schwartzman, Julio. *Cuentos del quirquincho*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1992.

Villafañe, Javier. *Historia de pájaros. Relatos para la escuela.*

Buenos Aires, Atuel, 2007.

Zanardi, Irma. *Por aquí se cuenta...* Buenos Aires, El Ateneo, 1998.

Si quieren leer algunos cuentos folclóricos europeos recopilados por Charles Perrault y los hermanos Grimm

Perrault, Charles; Grimm, Wilhelm y Jacob; Andersen, Hans Christian.

Cuentos inolvidables. Buenos Aires, Kapelusz, 2009.

Para conocer más sobre la fauna de la Argentina

Palermo, Miguel Ángel (coordinador). *Fauna argentina.* Buenos

Aires, Centro Editor de América Latina, 1984-1986.

Pueden ver estas dos películas clásicas de nuestro cine, que hablan sobre personajes legendarios de la Argentina:

Juan Moreira, dirigida por Leonardo Favio, con guión de Leonardo

Favio y Jorge Zuhair Jury, según la obra de Eduardo Gutiérrez, 1973.

Nazareno Cruz y el Lobo, dirigida por Leonardo Favio, con guión de

Leonardo Favio y Jorge Zuhair Jury, según un radioteatro de Juan

Carlos Chiappe, 1975.

En internet, les recomendamos visitar la siguiente página que da información muy completa acerca de los asustadores indígenas:

<http://encina.pntic.mec.es/agonza59/indigenas.htm>

También les pueden interesar estos sitios, que reúnen varias leyendas y tradiciones argentinas:

<http://www.diccionariodemitos.com.ar/>

<http://www.folkloretradiciones.com.ar/>

<http://www.folkloredelnorte.com.ar/tradyley.htm>

<http://www.argentina.gov.ar/argentina/portal/paginas>

Bibliografía

Sobre el cuento folclórico argentino

Chertrudi, Susana. *Folclore literario argentino*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982.

Vidal de Battini, Berta. *Cuentos y leyendas populares de la Argentina*. Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1984.

Sobre el folclore de la Argentina

Colombres, Adolfo. *Seres mitológicos argentinos*. Buenos Aires, Colihue, 2008.

Colombres, Adolfo. *Seres sobrenaturales de la cultura popular argentina*. Buenos Aires, Ediciones del Sol, 1984.

Coluccio, Félix. *Diccionario folklórico argentino*. Buenos Aires, Plus Ultra, 1982.

Coluccio, Félix. *Diccionario de creencias y supersticiones argentinas y americanas*. Buenos Aires, Corregidor, 1999.

Coluccio, Félix. *Devociones populares argentinas y americanas*. Buenos Aires, Corregidor, 2001.

Coluccio, Félix y Coluccio, Amalia M. *Folclore para la escuela*. Buenos Aires, Plus Ultra, 1997.

Terrera, Guillermo. *Cuentos de la tierra argentina*. Buenos Aires, Plus Ultra, 1975.

Saubidet, Tito. *Vocabulario y refranero criollo*. Buenos Aires, Kraft, 1943.

Vogliano, Damián. *Mitos y leyendas del río, del campo y la ciudad*. Buenos Aires, Continente, 2007.

Sobre la literatura infantil

Colasanti, Marina. *Fragatas para tierras lejanas. Conferencias sobre literatura*. Bogotá, Norma, 2004.

Colomer, Teresa. *Andar entre libros. La lectura literaria en la escuela*. México, Fondo de Cultura Económica, 2005.

Machado, Ana María. *Clásicos, niños y jóvenes*. Bogotá, Norma, 2004.

Soriano, Marc. *La literatura para niños y para jóvenes. Guía de exploración de sus grandes temas*. Buenos Aires, Colihue, 1995.



Esta obra se terminó
de imprimir en octubre
de 2009, en los talleres
de Casano Gráfica S. A.,
Ministro Brin 3932,
Remedios de Escalada,
Buenos Aires, Argentina.



Los cuentos folclóricos viajan de boca en boca: no sabemos quién los contó por primera vez y tampoco conocemos el momento en que surgieron. Por eso sentimos que son de todos, al igual que diversas costumbres que forman parte de las tradiciones de nuestro pueblo: danzas, comidas características de una región, vestimentas típicas, chistes, dichos y refranes.

En este volumen se han recopilado nueve relatos de diferentes áreas rurales de la Argentina. Por sus páginas desfilan el zorro, el quirquincho, el suri y el sapo, junto con el incorregible Pedrito Urdemales. Pero también encontramos historias donde los reyes y las princesas conviven con paisanos que salen de sus ranchos en busca de aventuras. Esa es la magia del cuento folclórico: al ir pasando de boca en boca, va arrastrando reminiscencias de tierras lejanas, viejas tradiciones europeas que llegaron con la lengua española y se afincaron en este suelo.

Nuestra edición procura recuperar el encanto y la cadencia de los relatores orales, al mismo tiempo que invita a adentrarse en el mundo fascinante del saber y la picaresca populares. Creemos, junto con Berta Vidal de Battini —esa infatigable recopiladora de los cuentos de nuestra tierra—, que “a los ya consagrados derechos del niño debe agregarse otro: el derecho a oír narrar los cuentos populares de su país, que lo unen entrañablemente a su tierra y lo hermanan espiritualmente con los niños del mundo”.

CC 29002553
ISBN 978-950-13-2345-0



9 789501 323450

Norma

www.kapelusznorma.com.ar